



año 6 • número 57 • agosto 2010

reseñas y debates.

Instituto de Altos Estudios Juan Perón

El Instituto fue creado en 2004 como órgano de capacitación y formación del Partido Justicialista por disposición de su Congreso Nacional. En su Consejo Académico contiene a un extenso grupo de pensadores, investigadores, docentes y trabajadores de la cultura. Su objetivo es desarrollar un ámbito de capacitación, investigación y debate que permita jerarquizar la formación de dirigentes políticos y sociales.

En la actualidad, el Instituto, entre otras actividades, edita videos, libros y revistas, coordina seminarios y talleres presenciales y desarrolla cursos y conferencias de capacitación política a distancia. Cuenta con una biblioteca especializada y textos digitalizados de doctrina peronista. Además, ha celebrado convenios con otras instituciones de todo el país con las que impulsa acciones conjuntas de capacitación política e intercambia publicaciones.

El Instituto se propone realizar aportes para reformular y actualizar los principales contenidos de la doctrina peronista, a fin de que la misma pueda volver a servir como pilar fundamental del proyecto nacional.

Esta publicación está abierta a la colaboración de todos aquellos que deseen expresar en ella sus opiniones.

Presidente

Antonio Cafiero

Vicepresidente

Silvio Maresca

Coordinación general

Carlos Hurst

Coordinadores de Movimiento

Fernando Duarte

Mariano Fontela

Adjuntas

Lorena Contartese

Paz Del Percio

Malena Dondo

Dirección

Reconquista 46 - Piso 9 (C1003ABB) Buenos Aires

Teléfono/Fax: (011) 4348-9601/03

Email: ryd@institutojuanperon.org.ar

Sitio Web: www.institutojuanperon.org.ar

Los artículos y comentarios firmados reflejan exclusivamente la opinión de sus autores. Su publicación en este medio no implica que el Instituto de Altos Estudios Juan Perón o los coordinadores de *Reseñas y Debates* compartan los conceptos allí vertidos. La reproducción total o parcial de los contenidos publicados en esta revista está autorizada a condición de mencionar expresamente el origen y el nombre de los autores.

Universidad y Proyecto Nacional

Por Antonio Cafiero

Clase Magistral del Dr. Antonio Cafiero en ocasión de la entrega de la distinción de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Buenos Aires el día 15 de julio de 2010.

Es para mí motivo de profundo orgullo y satisfacción recibir este título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Buenos Aires. En primer lugar, porque esta Universidad pública que hoy me otorga esta distinción, ya cercana a cumplir dos siglos de existencia, es la mayor de nuestro país y una de las más prestigiosas de América Latina. El segundo motivo es que en esta institución comencé mi “vida militante” cuando en 1940, junto a un grupo de compañeros, fundamos la Asociación de Estudiantes de Ciencias Económicas. Esta Asociación tuvo la fuerza para actuar al margen de los carriles oficiales de la militancia estudiantil, en los que no encontrábamos genuina representación. Como resultado fui electo por mis compañeros como delegado estudiantil al Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Económicas y esa fue la primera victoria electoral de mi larga trayectoria política.

Estas reflexiones tienen como trasfondo setenta años de historia política de nuestro país. Por cierto, la vida pública está llena de honores y también de cicatrices. Este honor que hoy se me dispensa me hace olvidar las cicatrices: dos veces fui expulsado de esta querida casa, la Universidad de Buenos Aires, en castigo a mis convicciones políticas. Tras setenta años de actividad directa o indirectamente vinculada a los claustros universitarios, asumo esta distinción en su pleno significado: una causa de honor, entendiendo por honor, tal como lo define la Academia de la Lengua, aquella “cualidad moral que lleva al cumplimiento de los propios deberes respecto del prójimo y de uno mismo”. En este marco, quisiera reflexionar acerca de cómo pensar la universidad en función del proyecto nacional.

La educación no puede estar desvinculada de un proyecto nacional. Esto, que vale para la educación en general, tiene una peculiaridad cuando nos referimos a la educación superior: no solamente debemos pensar la universidad en el marco del proyecto, sino que, a la vez, la universidad tiene que asumir un papel fundamental en el empeño de pensarlo. No hay universidad que cumpla acabadamente con su finalidad sin proyecto nacional, y no hay proyecto nacional sin universidad.

Los estudiosos señalan que en nuestros 1.400 años de historia han existido, al menos, siete proyectos: a) proyecto de los habitantes de la tierra; b) la Argentina hispana o colonial; c) las misiones jesuíticas o la república cristiana; d) proyecto independentista; e) el proyecto del 80; f) el proyecto de la justicia social. Hoy nos encontramos en plena gestación de un nuevo proyecto que, asumiendo lo válido y lo inconcluso de los anteriores, lo defino básicamente como el proyecto de la integración.

Un proyecto nacional no es un producto de laboratorio elaborado por una minoría esclarecida, sino que es una gran causa convocante, tal como lo señalaron claramente Juan Perón –quien en su discurso del 1º de mayo de 1974 decía: “nuestra Argentina necesita un proyecto nacional perteneciente al país en su totalidad. Estoy persuadido de que si nos pusiéramos todos a realizar este trabajo obtendríamos un gran espacio de coincidencia nacional”– y Raúl Alfonsín, que otro 1º de mayo, pero de 1987, decía: “la alternativa al estancamiento y a la disolución nacional es la de delinear un proyecto nacional, abierto y flexible, sin falsas retóricas ni soberbias inconducentes”.

Por cierto, definir qué quiere decir proyecto nacional es una tarea tan ímproba como definir qué es la justicia, la libertad o el amor. Los grandes valores que animan la existencia no pueden ser definidos, precisamente porque definir implica delimitar, poner fin, poner límite. Y las cosas que hacen que la vida valga la pena ser vivida no pueden tener límite. Pero esa imprecisión semántica no significa que no existan. Bien sabe que existe la justicia aquel que padece la injusticia. Bien sabe que existe la libertad quien vive bajo una tiranía. Bien sabe que existe el amor quien ha pasado noches llorando por su ausencia. Del mismo modo, podemos advertir que no existe un proyecto nacional cuando en un país sus graduados universitarios emigran a países que sí lo tienen, aunque sean proyectos imperiales y de dominación; cuando sus programas de formación universitaria son mera copia de los que se dictan en esos centros de poder; cuando también se desarrollan en esos centros de poder las

ideas que dan forma a sus políticas económicas, de educación o de salud. Por esto mismo ya advertía Alejandro Korn —uno de los padres de la Reforma Universitaria del 18—: “el esperar la solución de los problemas que nos interesan personalmente, creyendo que otros los van a resolver, en vez de reconcentrarnos y resolverlos con nuestras propias fuerzas, es una actitud que no nos honra”. Y preguntaba: “¿por qué hemos de vivir eternamente sometidos al pensamiento extraño?”

El proyecto nacional es pensar el futuro. Es una apuesta a la construcción colectiva de ese propio futuro. Es no resignarnos a que desde fuera nos vengan a decir cómo hacerlo. Ciertamente, la universidad tiene un sitio de avanzada en la tarea de pensarlo. Entonces, al hablar de universidad y proyecto nacional, estamos hablando de proyectarnos asumiendo nuestro pasado, superando antinomias tan falsas como estériles e incorporando tanto los postulados de la Reforma de 1918 como el efectivo ejercicio del derecho a acceder a todos los niveles de la educación, tal como se concretó a mediados del siglo pasado cuando, entre otras medidas, el entonces presidente Perón eliminó los aranceles que gravaban la educación superior. Esos principios y postulados no son hoy patrimonio de ningún partido ni de ninguna ideología, sino que forman parte del sustrato de ideas compartidas por todos los argentinos. Pero los nuevos tiempos exigen ir más allá, repensando significativamente el papel de la universidad.

En primer término, creo que debemos repensar uno de los elementos nucleares de toda definición de universidad: me refiero al concepto de autonomía. Así como en el proyecto de la integración no podemos seguir pensando el concepto de soberanía como un cierre del país sobre sí mismo, sino que debemos entenderlo en un sentido ampliado como el modo de decidir el tipo de relación con la región y el mundo, de la misma manera tenemos que pensar la autonomía también en un sentido ampliado, como el modo en que la universidad se integra con el pueblo del que forma parte y, a la vez, como el modo en que la universidad ha de contribuir a pensar y ejecutar el proyecto nacional.

Vale señalar que así como en su origen en el siglo XIII el desafío de la universidad consistía en cómo ser autónoma frente a los poderes de la época: la monarquía y el papado, hoy el desafío consiste en cómo ser autónoma frente al mercado y a los saberes que se producen en los países centrales. Indudablemente, si no está sujeta al proyecto nacional, es imposible evitar que la universidad

se reduzca a una mera agencia de formación de recursos humanos para un mercado consumista y deshumanizante, o en una repetidora de conocimientos que difícilmente sirvan para alcanzar la felicidad de nuestros pueblos y la grandeza de nuestras naciones. Excepto que se entienda la autonomía como una suerte de autismo en virtud del cual la universidad se cierra sobre sí misma, olvidando toda conexión con la realidad que es la única verdad. Una universidad autónoma no es, ni puede ser, una universidad desencarnada y alejada de la vida real. Decía Kant: “tan sólo por la educación puede el hombre llegar a ser hombre. El hombre no es más que lo que la educación hace de él”.

La universidad es el vehículo más formidable de ascenso social de un pueblo. Pero esto hay que comprenderlo correctamente: no se trata del ascenso individual del joven que accede al máximo nivel académico. Se trata de la universidad en su conjunto pensada para asumir los saberes populares y potenciarlos al mismo tiempo que asume todo el saber universal, producido donde fuere, y se lo apropia, es decir: lo hace “apropiado”, lo hace adecuado a las necesidades del pueblo. Nadie duda de la universalidad de la ciencia, pero no podemos ser tan ingenuos como para no advertir su carácter situado. El problema es que muchas veces los centros de producción del saber crean la ilusión de que su particular modo de ver el mundo es “el” modo correcto de verlo. Universalizan su propia particularidad.

Como decía Bacon, “el conocimiento es poder”. Pero ¿poder para qué? Se trata, insisto, de asumir el conocimiento universal en su totalidad y de contribuir a la producción de ese conocimiento, pero teniendo siempre en cuenta nuestro propio pasado, las circunstancias de nuestro presente y la construcción de nuestro propio futuro. Al respecto bien señalaba el filósofo argentino Carlos Astrada: “lo universal no es una idea platónica separada, sólo existe y adquiere vida en la singularidad de lo nacional”. “Sólo el hombre plenamente nacional, por entero de su tierra, volcado a ella y emergente de ella, es hombre plenamente universal y humano”. En otras palabras, la política científica que se establece al margen o ignorando al proyecto nacional es mero cientificismo: imitadora y repetidora de lo que se piensa y elabora en los países centrales. La ciencia es lo que hacen los científicos, pero habitualmente alguien les paga para que lo hagan. Si esto es así: ¿para qué queremos, por ejemplo, financiar una universidad pública que forme ingenieros en sistemas para que terminen trabajando en grandes

corporaciones multinacionales? Debemos repensar situadamente la ciencia y la técnica. Mejor que aprender la ciencia de los imperios es apropiarse de lo que nos conviene e inventar lo que no existe.

La universidad no puede desentenderse de los grandes desafíos que debe afrontar nuestra sociedad como parte de la comunidad global: el ambiente y su cuidado, el desarrollo sustentable, la recuperación de un concepto de salud tal como lo construyera el inolvidable Ramón Carrillo, las fuentes de energía alternativas, los agrocombustibles, la seguridad pública, el planeamiento del crecimiento de los centros urbanos y la creación de nuevas ciudades, los medios de transporte, la cultura, el entretenimiento de calidad, el sentido crítico frente a los mensajes masivos, el consumismo y la publicidad, solamente por nombrar algunos de los aspectos salientes y urgentes que demandan una tarea común. La enunciación completa sería demasiado extensa. Es necesario que las universidades estatales, junto a las organizaciones libres del pueblo, integren grupos de trabajo interdisciplinarios –y, por qué no, también, “indisciplinarios”– para que piensen institucionalmente, no a través de las individualidades, sino aportando opiniones y proyectos que orienten a los gobiernos para que sus políticas estén acordes a nuestros objetivos de desarrollo.

A partir de una educación superior científica, democrática y pluralista, vinculada estrechamente con la sociedad, podemos tener esperanzas en el aporte de la universidad al proyecto nacional. Es responsabilidad del Estado garantizar por todos los medios la expansión y el desarrollo adecuado de la universidad pública acorde a los requerimientos del mundo actual.

Quizás uno de los problemas más serios, en orden a pensar las soluciones para los problemas de la época, radique en la escisión entre la política y la economía. O mejor: en el denominado “economicismo”: una ciencia económica desvinculada de la realidad en fuente de todo saber. Esto conduce a reducir el Proyecto Nacional a un mero programa de desarrollo económico que, para colmo, ni siquiera es capaz de enunciar cómo efectuar un reparto equitativo de los ingresos y de la riqueza. ¡Cuántos países de nuestra América en las últimas décadas han ostentado índices altísimos de crecimiento económico al tiempo que exhibían un incremento de la pobreza y el desempleo y un deterioro de la calidad de vida de la mayor parte de sus poblaciones! Asimismo, en los centros de poder mundial se evidencian cada día más signos de agotamiento del modelo económico neoclásico, pero al ser vícti-

mas del dogmatismo economicista, sus universidades son incapaces de pensar un modelo alternativo. Veo a las universidades latinoamericanas mejor posicionadas para pensar una alternativa no sólo para, sino desde Latinoamérica, y en ese marco nuestra Universidad de Buenos Aires seguramente hará aportes fundamentales.

Para que ello sea posible, además de tomar conciencia de la necesidad de pensar la economía integrada a la política, a la sociología y a otras ramas del saber, es necesario contar con una universidad “humilde”, que no se sienta la abanderada de una vanguardia “iluminada” que extiende sus conocimientos a las “masas ignorantes”, sino que se reconozca como parte integrante del pueblo, capaz de tomar sus saberes, sistematizarlos y utilizarlos para mejorar las condiciones de existencia de todos los argentinos y latinoamericanos.

El proyecto nacional exige una universidad capaz de formar intelectuales críticos y, al mismo tiempo, capaces de tener la audacia suficiente como para pensar el futuro. No queremos ni necesitamos de los intelectuales que sólo saben criticar sin proponer. Lúcidos escépticos que de tanto estar de vuelta de todo ya no son capaces de ir a ningún lado. Sabihondos superados que desprecian al pueblo y a las instituciones, que de tanto oponerse terminan sumidos en la absoluta impotencia y, por ende, son absolutamente inútiles para construir una alternativa posible frente a la realidad imperante. Contra ellos prevenía a los jóvenes Raúl Scalabrini Ortiz –en *El hombre que está solo y espera*– diciéndoles: “¡crear!, he allí toda la magia de la vida. Atreverse a erigir en creencia los sentimientos arraigados en cada uno, por mucho que contraríen la rutina de creencias extintas, he allí todo el arte de la vida”. Creer es el signo de la juventud, el que despierta sagradas rebeldías, como por ejemplo las suscitadas en el Mayo Francés, las movilizaciones de estudiantes universitarios norteamericanos contra la Guerra en Vietnam, o los hechos ocurridos en la Plaza de Tiananmen en China, entre otros. Aquellas rebeldías que nos hicieron adherir al peronismo naciente y a luchar por una nueva universidad capaz de entender y compartir los cambios revolucionarios que se iniciaron en 1945. Aquellas que nos acercaron a Evita para denominarla “la dama de la esperanza” e invitarla a compartir nuestros ideales de jóvenes universitarios. En aquel entonces ello sonaba, más que a rebeldía, a una herejía para el pensamiento dominante. Estoy persuadido de que, si la relación entre universidad y proyecto nacional no está

acompañada por la actitud militante de los jóvenes universitarios, puede resultar estéril.

Asimismo, una universidad en función del proyecto nacional debe ser una universidad que contribuya eficazmente a superar el autolesionismo que caracteriza a tantos argentinos. El autolesionismo es una desviación del instinto agresivo que genera una disposición a provocarse a sí mismo lesiones o enfermedades. Si bien es un concepto tomado de la psicología, cuando está tan extendida la tendencia a ver en otros países una manifestación absoluta de la sabiduría y la prudencia que a nosotros nos andarían escaseando, el síntoma deja de ser un fenómeno individual y merece estudiarse desde una perspectiva más afín a la sociología que a la psicología. Como señala el presidente uruguayo Pepe Mujica, los argentinos debemos querernos más. Y en ese sentido, esta Universidad por sí misma es un factor que debe llevar a querernos más; a apreciar nuestras potencialidades. De estas aulas salió el primer Premio Nobel de América Latina, y cuatro de los cinco que ha dado nuestro país. Aquí se formaron y se forman, enseñaron y enseñan, investigaron e investigan, tantos prestigiosos científicos, profesionales, académicos e incluso estadistas, como el padre de quien hoy me acompaña: el Dr. Raúl Alfonsín. ¡Vaya que tenemos razones para dejar de autolesionarnos!

Esto no implica un optimismo pueril y cándido. Decía al inicio que llevo setenta años de vinculación con la universidad. Por cierto, no olvido ni podría olvidar que en estos años la universidad sufrió, al igual que toda la sociedad, los embates de la intolerancia, los dolores de nuestros desencuentros y el horror de las dictaduras. Cómo olvidar la “noche de la proscripción”: las casi dos décadas en que la expresión mayoritaria de nuestro pueblo estuvo excluida de estas cátedras. Cómo olvidar la “noche de los bastones largos” o la “larga noche del proceso militar”. Sin embargo, los años nos han ido mostrando la importancia de buscar la paz y la unidad por sobre los odios y los rencores. No se trata por cierto de una paz a cualquier precio, ni de abjurar de las “sagradas rebeldías” juveniles en función de una unidad ignorante de la justicia. Pero estoy persuadido de que el fin de la política —y la educación es una de las formas más excelsas de la política— no es la exacerbación del conflicto, sino el logro de la armonía. Y digo esto sin atisbo alguno de ingenuidad romántica; demasiada tragedia he vivido como para saber muy bien de qué estoy hablando.

En este día para mí tan especial, quisiera finalizar compartiendo con ustedes unos fragmentos

del que fuera mi primer discurso público, pronunciado hace casi siete décadas, cuando asumí mi primer cargo electivo, como delegado estudiantil de la Facultad de Ciencias Económicas, cuando me animaban los mismos ideales que hoy. Dije entonces y lo reitero ahora: “la universidad debe servir a la patria. Las enseñanzas que se impartan desde la cátedra y las investigaciones científicas que se promuevan deben realizarse con esa mira fundamental. Lucharemos, compañeros, para que desde ellas se sirva a la grandeza de la patria mediante el estudio y solución de sus problemas políticos, sociales y económicos, pero entiéndase muy bien: combatiremos todo intento de desmerecer la misión universitaria para colocarla al servicio de mezquinos intereses. Queremos que la política se estudie como ciencia de gobierno y no como técnica de partido. Queremos que en nuestra universidad se enseñen los fundamentos de la soberanía como institución del Derecho Internacional Público y no que pueda usarse de la cátedra para pedir la intervención extranjera. Queremos que en nuestra universidad se estudie la forma de liberar económicamente al país. Queremos que en nuestra universidad se estudie cómo lograr la paz entre las clases sociales mediante la implantación de una justicia social efectiva. Queremos, en fin, que desde estas aulas, desde estas cátedras, se hable sin vacilaciones, sin circunloquios, de nuestro destino de pueblo libertador, de pueblo amante y defensor de la libertad, la paz y la justicia”.

Dije también entonces, y con estas palabras finalizo este discurso: “finalmente, me dirijo a mis compañeros, en primer término a los que me han confiado esta honrosa misión para decirles que espero no defraudarlos y cumplir fielmente lo que he empeñado bajo palabra de honor. Después, a los demás estudiantes de nuestra Facultad, para decirles que un abrazo fraternal los espera de parte mía a cuantos sin abrigar odios ni rencores quieran trabajar por la nueva universidad. Deseo, compañeros, y no saben con cuánta emoción digo estas palabras, que cesen de una vez las divisiones enojosas, los odios, los rencores entre los estudiantes de esta casa. Deseo que seamos nosotros los que demos un ejemplo al país al reconciliarnos por encima de las diferencias ocasionales que puedan habernos separado. Pienso que por encima de las diferencias pasajeras estamos ligados por el destino grande y luminoso de la argentinidad”.

Muchas gracias.

La comunicación política en un contexto de fragmentación

Por Enrique Del Percio

En las últimas elecciones parlamentarias en Argentina, el programa político televisivo de mayor *rating* fue “Gran Cuñado”, una parodia de las figuras más reconocidas del proceso electoral y, en plena campaña, muchos candidatos en lugar de exponer propuestas e ideas, se limitaban a imitar a quienes allí los imitaban. No llama la atención que haya imitadores de los políticos; eso ocurrió toda la vida. Lo que sí llama la atención es esta inversión en la que el candidato imita a su imitador, consumando una tendencia a vaciar totalmente la política de cualquier contenido conceptual, de cualquier discusión de ideas, de cualquier preocupación genuina por pensar cómo proveer al bien de la comunidad.

Sabemos que este vaciamiento conceptual no es responsabilidad de ningún político ni de ningún partido en particular, y que la cosa viene de lejos. Esta situación afecta de lleno a la comunicación política por varias razones. En primer lugar, afecta a la misma subsistencia de esta profesión: no se puede comunicar lo que no existe. Salvo, por supuesto, que interpretemos a la comunicación política como una mera herramienta de *marketing* en la que da lo mismo vender un producto o un candidato. Pero entonces no hablemos de comunicación política y empecemos a hablar de *mercadeo electoral*. No es este el lugar para dar una clase de filología, pero conocemos el vínculo existente entre el término *comunicación* y palabras tan fuertes como *comunidad* o *comunió*n. También recordamos aquella definición de Aristóteles acerca de la política como el ámbito de discusión entre personas libres e iguales, y sabemos que su etimología remonta a las nociones de *polis* y de *pólemos*. La comunidad y la discusión hacen a la esencia de lo político.

Este vaciamiento conceptual nos afecta también porque a la gran mayoría nos preocupa la suerte de nuestra sociedad y somos conscientes de que mal podemos contribuir a mejorarla si no hay ideas acerca de qué hacer. La mayoría de los comunicadores políticos colabora con personajes afines a su forma de pensar y no se siente cómodo ocultando, matizando, cuando no lisa y llanamente eliminando esa forma de pensar y toda forma de pensar.

Para pensar alternativas a esta situación, es preciso indagar brevemente en los factores que le dieron origen. Como suele ocurrir en ciencias sociales, uno

solo de estos factores no explica nada por sí mismo, pero la sumatoria nos permite comprender mejor el fenómeno en cuestión.

La oligarquización de los partidos

Las elites partidarias, como todas las elites, tienden a perpetuarse en el poder, cerrando las posibilidades de acceso a nuevos dirigentes y llevando al ciudadano común a sentirse ajeno a lo que se decide en los cenáculos políticos. Este fenómeno fue estudiado exhaustivamente desde principios del siglo XX por autores como Pareto, Mosca o Michels, quien lo bautizó como la “ley de hierro de los partidos políticos”. En Europa, esto contribuyó a precipitar el colapso de la democracia y el ascenso de los totalitarismos en los años treinta. Mas allí aprendieron la lección y a partir de la posguerra se fomentó el recambio generacional, lo que explica en parte por qué la dirigencia europea tiene un promedio de edad sensiblemente más bajo que la latinoamericana.

La globalización

Este proceso genera la sensación de que es muy poco lo que uno pueda hacer para modificar las circunstancias, pues los centros de toma de decisiones son difusos y lejanos. En cambio, cuando era el Estado el que tenía el poder suficiente como para tomar las decisiones críticas, el ciudadano sentía que podía incidir directamente en esa toma de decisiones a través del voto y de la militancia.

Además, por diversas razones, la globalización da preeminencia a la economía y a una cultura mercantilizada sobre la política. Este predominio de lo económico se traduce en que la mayoría de la gente esté más pendiente de cómo mostrar su capacidad adquisitiva ostentando la marca de lo que consume que de lo que acontece en el mundo de la política. O, dicho de otro modo, la política deja de girar en torno al Estado. Este pasa a ser un actor más de la escena política global. El mejor ejemplo de esto lo brinda el fenómeno del terrorismo: cuando el Estado tenía mayor importancia, el terrorismo se dirigía a destruirlo (anarquismo de fines del siglo XIX y principios del XX) o a tomar el aparato estatal (guerrillas de la segunda mitad del siglo XX). En cambio, hoy sus objetivos no pasan por el Estado; dos claros ejem-

plos lo constituyen los atentados a las torres gemelas o a medios de transporte (Londres, Atocha) de gran impacto simbólico pero que no afectan a ningún Estado en modo directo.

Cambios en la estructura laboral

Hasta una generación atrás, una persona entraba a trabajar en una fábrica o en una oficina y terminaba su carrera laboral en el mismo ámbito, generándose una relación duradera con sus compañeros de trabajo. Concomitantemente, esa persona vivía toda su vida en el mismo barrio, conversando siempre con los mismos vecinos, en el café o mateando en la vereda. Al conversar constantemente con los mismos interlocutores, el individuo iba dando progresiva coherencia a sus ideas, a la vez que contribuía a conformar una agenda de preocupaciones común a todos. Por ejemplo, si un peronista y un comunista, compañeros de taller, discutían, cada uno de ellos iba luego a la Unidad Básica o al Comité partidario para tener más y mejores argumentos para rebatir al otro, con quien seguramente seguiría discutiendo día tras día y semana tras semana. Esos mismos temas eran luego llevados al seno del hogar, donde además se completaba la formación mirando programas de TV en los que las ideas eran el centro de atención. En la historia de los medios argentinos los programas de entrevistas a políticos hacían picos de *rating* hoy inimaginables. Incluso los programas de ficción más exitosos tenían un alto nivel de reflexión: los mayores recordarán “Cosa juzgada”, “Alta comedia”, etcétera. Entonces las ideas, particularmente las ideas políticas, integraban el paisaje de lo cotidiano. No eran algo opaco y ajeno, sino que formaban parte de la vida de todos los días.

Por el contrario, en la actualidad la persona cambia de trabajo y de domicilio varias veces a lo largo de su vida. Y aun si no lo hace, sí cambian sus compañeros de trabajo y sus vecinos. No olvidemos que el ser humano se constituye en gran medida en función de la interacción con los demás. Por tanto, cuando esa interacción es discontinua y fragmentaria, también la subjetividad tenderá a conformarse de modo discontinuo y fragmentario.

Como sabemos, cuando uno no llega a conocer a otra persona, se relaciona a partir de trivialidades, como en un *cocktail*: allí solamente se habla de temas banales y, si se llega a tratar algún tema más serio, se lo hace muy superficialmente. Por ende no se llega a estructurar un pensamiento coherente. Así, si antes alguien se definía como peronista, radical, comunista, liberal o socialista, se podía saber lo que esa persona opinaba sobre temas tan dispares como política exterior, legislación familiar, educación o

economía. En las actuales circunstancias resulta muy difícil que la persona se vaya formando un pensamiento coherente. Acá vale recordar que los políticos no llegan en plato volador de otra galaxia, sino que surgen del seno de la sociedad, por lo que replican esa incoherencia. Si el sistema impulsa al individuo a tornarse tan superficial como lo son las relaciones que mantiene con los demás, mal podemos pretender tener una clase dirigente conformada por políticos coherentes, capaces de elaborar y expresar ideas conducentes a la superación de nuestros males contemporáneos.

Por último, cuando cambian constantemente las personas con las que se interactúa en el trabajo o en el barrio, no se llega a conocer ni lo que el otro piensa ni lo que el otro hace. No hay una historia, una trayectoria personal que nos permita saber con quién estamos hablando. Sólo queda lo que el otro nos muestra. Así, se tiende a juzgar al otro por la marca de ropa o por el modelo de auto que tiene. El hombre ya no muestra lo que hace, lo que piensa o lo que es, sino que hoy es tan sólo lo que muestra. Una generación atrás —o sea en la etapa de transición de la vieja estructura laboral a la actual— las chicas querían ser actrices (hacer y mostrar), mas hoy quieren ser modelos: solamente mostrar sin hacer. Con ese telón de fondo, la política deja de ser el ámbito del pensamiento y la acción, para ser un espectáculo más. Así las cosas, no es difícil entender que los jóvenes no se sientan atraídos por la política y que suelen adjetivar muy correctamente a los políticos como “*caretas*”, es decir como meros personajes carentes de autenticidad. Preferirán volcar su pasión y buscar su identidad en los ámbitos que son realmente espectáculo, como el rock, el fútbol, la cumbia, etcétera.

La televisión y otros medios de comunicación

No son Tinelli ni Gran Hermano los responsables sino los productos de la trivialización de la sociedad. Trivialización, que, por otro lado, no es patrimonio exclusivo de la Argentina. Fuera de toda duda, la televisión no es la causante de la crisis del pensamiento complejo ni de la hipervaloración de la imagen, pero sí es el medio que mejor se aviene a las nuevas circunstancias y contribuye decisivamente a consolidar estas tendencias. En efecto, la cultura de la imagen conspira contra el pensamiento abstracto, por lo que resulta antitética con respecto a la lógica discursiva propia de la representación, especialmente la parlamentaria. La representación presupone el debate, el intercambio de ideas, para que el representado sepa qué está eligiendo, pero los tiempos televisivos no permiten hablar más de cinco minutos

sin interrupciones y en ese lapso no es posible desarrollar cabalmente una idea. Además, la instancia política por excelencia de la representación, que es el parlamento, se encuentra en particular desventaja, pues no sólo es difícil obtener un buen *rating* con una sesión parlamentaria ordinaria, sino que es directamente imposible televisar una sesión de trabajo en comisiones, que es el lugar donde normalmente se debaten en profundidad los textos legales. Ello da una sensación de que las cosas se “cocinan” de espaldas al pueblo con mayor frecuencia de lo que realmente ocurre, profundizando el desencanto con la actividad política.

Asimismo, la fragmentación social de la que venimos hablando desarticula la búsqueda de alternativas solidarias y lleva al individuo a reconcentrarse sobre sí mismo, lo que a su vez se ve reforzado por el empleo de las nuevas tecnologías informático-comunicacionales y de medios individuales de transporte. El auge del celular, Internet y el incremento de ventas de automotores son claros indicadores de lo expuesto.

El fin de la movilidad social ascendente

Hasta mediados de los setenta los jóvenes veían que mediante el estudio o el trabajo podían progresar económica y socialmente. Hoy, los chicos de los estratos medios sienten que con gran esfuerzo apenas podrán mantener el nivel heredado de sus padres. Y los de clases bajas asumen su pobreza como inevitable, después de varias generaciones de desempleados. Así como en el medioevo los nobles o los campesinos, hicieran lo que hicieran, seguirían siendo nobles o campesinos porque así lo había dispuesto “la naturaleza” al hacerlos nacer en el seno de una familia perteneciente a uno u otro estamento, del mismo modo hoy el sistema empuja a los jóvenes a “naturalizar” su lugar en la sociedad. Pero mientras en el medioevo había una profunda convicción en una vida de ultratumba que fundaba algún tipo de esperanza, hoy vemos que vastos sectores juveniles son sumamente escépticos al respecto. Y si es cierto el dicho “mientras hay vida hay esperanza”, también es cierto lo contrario: sin esperanza no hay vida. En esto se hermanan los punks de la era tatcheriana con su proclama *no future*, con nuestros pibes chorros que no respetan la vida ajena porque tampoco pueden valorar la propia.

En cambio, la actividad política implica una fuerte convicción de que es posible mejorar la realidad, implica una esperanza en un futuro mejor fundada en la potencialidad de la acción colectiva. Mas, por las razones expuestas, los conceptos de “esperanza”, “futuro” y “acción colectiva” resultan totalmente

carentes de sentido para muchos chicos y chicas que evidencian una apatía política aún más pronunciada que en el caso de los adultos.

El fracaso de la ilusión

Los siglos XIX y XX fueron testigos del nacimiento, desarrollo y fracaso de ideologías que pretendían transformar el mundo a partir de una construcción racional, en la que todas las piezas encajaban en función de algún elemento aglutinante: la raza, la clase, el mercado. Se construyeron las utopías al modo en que el arquitecto proyecta una casa. Pero esos siglos fueron también testigos del olvido de algo que ya había advertido hace dos milenios y medio el viejo Aristóteles: la labor del político no es igual a la del arquitecto. Éste trabaja con materiales inermes que se ajustan a su voluntad. En cambio, el político trabaja con expectativas: las suyas y las de los demás, por lo que nunca sabe a ciencia cierta en qué van a desembocar sus acciones y sus proyectos. Este olvido llevó a vastos sectores de iluminados de izquierda y derecha a construir el templo de una utopía en cuyo altar cabía sacrificar a todos aquellos que se opusieran a la construcción de la sociedad perfecta. Los pueblos fueron (y muchas veces siguen siendo) testigos del horror político de los totalitarismos o del horror económico del capitalismo salvaje. El problema es que el horror motivado por la utopía, a cuyo servicio debían ponerse todos los hombres, llevó al horror a la utopía al servicio de los hombres. El fracaso de aquellos que querían transformarlo todo llevó a pensar que no es posible transformar nada.

Las Organizaciones Sociales

Este desinterés, por la política en general y por la política partidaria en particular, lleva a dos actitudes: o preocuparse nada más que por el propio bienestar individual, o satisfacer el ansia de sentirse útil a los demás a través de alguna organización social. Éstas permiten canalizar esa vocación mejor que los partidos políticos pues, dada la fragmentación social analizada, al tener estas organizaciones un objetivo específico, permiten que sus integrantes sientan estar haciendo algo claro y concreto. A su vez, sus estructuras de organización no requieren una delegación de confianza en sus dirigentes tan amplia como la del partido. El inconveniente radica en que los grandes problemas que afligen a nuestras sociedades no pueden ser resueltos si se los aborda solamente de modo fragmentario. Es preciso una acción estratégica y coherente para brindar respuestas eficaces. Y esto es lo propio de la actividad política.

A veces, demasiadas a decir verdad, se escucha en ámbitos políticos criticar a las organizaciones socia-

les de todo tipo. Recíprocamente, estas desconfían e, incluso, desprecian a los partidos y a los políticos. Creo que es un error grave de perspectiva que los partidos y las organizaciones se vean mutuamente como competidores. Los partidos, en función de la generalidad de sus intereses, pueden y deben actuar como articuladores de los intereses y reclamos de aquéllas, sin sustituirlas ni interferir en su accionar interno. Por su parte, las organizaciones, además de cumplir sus cometidos específicos, tienen la misión de recordarle al partido político que debe atender al bien común sin olvidar ni excluir a ningún ámbito ni sector. Por ejemplo, ¿se preocuparían tanto los partidos por temas ecológicos si las organizaciones ambientalistas no marcaran su presencia? ¿O por las cuestiones de género? ¿O por los derechos de minorías de toda índole –racial, religiosa, de preferencias sexuales–, dado que el partido busca obtener el apoyo de una mayoría que tiende a discriminarlas?

En este aspecto el desafío consiste en reinventar al partido político como articulador de la voluntad de participación en orden a la consecución del bien común. En ese marco, la comunicación política puede hacer un importante aporte a partir de comprender que las organizaciones no solamente no se debilitarán, sino que, por el contrario, podrán actuar mucho más eficazmente en interacción con los partidos.

Consideraciones finales

Todo lo que venimos exponiendo nos pone frente a una disyuntiva: o prostituimos la comunicación política transmutándola –como decíamos al inicio– en mercadeo electoral y traicionamos la razón de ser de esta profesión, o la vemos como una herramienta fundamental para poner la actividad política al servicio del bien común. Por cierto, no tengo nada contra aquellos profesionales que se dedican a lucrar aconsejándole a sus clientes que sonrían mejor, que vayan a los programas más frívolos a hablar de cualquier cosa menos de sus proyectos (si es que tienen alguno) y, en fin, a profundizar la tendencia a hacer de la política un *show*. Juzgarlos moralmente sería como condenar a la prostituta que eligió serlo. ¡Lejos de mí tal dislate! Claro que se me podría argumentar que la prostituta le da placer a alguien y éstos no, pero eso es otro tema.

La segunda opción requiere un mayor esfuerzo, pero creo que puede dar grandes satisfacciones. Como bien sabemos los que estamos en esto, la comunicación genuina es multidireccional y contribuye a recrear a partir de lo discursivo una trama social que supere la fragmentación a la que hicimos referencia. Hay claros indicios de que la gente está harta

de políticos vacíos de ideas y de proyectos que sólo atinan a aparecer sin ser. Siguiendo con el ejemplo del inicio, en las últimas elecciones hubo dos candidatos que hicieron una excelente elección sin haber pasado por programas humorísticos. Me refiero a Margarita Stolbizer y a Pino Solanas. Aclaro que no voté a ninguno de los dos, pero los tomo como ejemplo de una tendencia que puede profundizarse. Los condicionamientos estructurales que fuimos estudiando a lo largo de este texto son eso: condicionamientos; condicionan pero no determinan, no aniquilan la libertad de los individuos ni de los pueblos. El hastío de la política no necesariamente ha de llevar al triunfo de otros factores de poder ajenos a la voluntad popular –principalmente del capital financiero–, sino que puede devenir en un nuevo modo de hacer política, tan lejos de las ideologías absolutizantes de tiempos pretéritos como del pragmatismo desesperanzado contemporáneo.

Aquí, creo, está el lugar central que ha de ocupar la comunicación política, sin ingenuidades ni candideces. Nadie que haya leído la abundante literatura política que desde Maquiavelo hasta hoy viene analizando el fenómeno político puede creer seriamente que basta con la voluntad de algunos para hacer que la clase política pase a estar conformada por santos cuya única pasión sea el bien común. Pero sí es posible pensar en una clase política integrada por personas que ambicionen el poder más que los cargos y que sean asesoradas y aconsejadas por comunicadores políticos capaces de entender e interpretar lo que el pueblo quiere y necesita, facilitando la comunicación desde el pueblo hacia los políticos, y que sepan transmitirle al pueblo sus ideas y proyectos.

Todos los factores analizados llevan a la gente a pensar que no se puede hacer nada; que la reflexión y la acción de cada uno para torcer la historia es una pérdida de tiempo. Sin embargo, esta crisis que afecta al mundo nos brinda una excelente oportunidad para que la política vuelva por sus fueros con la clara conciencia de que no hay un destino marcado. Hay condicionamientos muy fuertes, sí, como siempre los hubo. Y en este tiempo de bicentenarios, permítanme recordar que también los había hace doscientos años, cuando varios políticos de aquel entonces, con todas sus fallas humanas, con sus celos, sus envidias, su avaricia, su egoísmo, con todos sus errores, con su incapacidad de reconocer las virtudes de unos pocos, como San Martín o Belgrano, fueron sin embargo capaces de pensar en grande. La grandeza de su idea, comunicada y encarnada en el pueblo, los hizo ser grandes más allá de sus pequeñeces y mezquindades. Y fueron capaces de decir con orgullo que se levanta a la faz de la tierra una nueva y gloriosa nación.

Sindicalismo, prensa y comunicación

Por Carlos Caramello

“La clase trabajadora argentina, como columna vertebral de nuestro movimiento, es la que ha de llevar adelante los estandartes de nuestra lucha”, decía Juan Domingo Perón en el controvertido discurso del 1° de mayo de 1974.

La clase trabajadora. El Movimiento Obrero. Nuestra columna vertebral que se fue encorvando, torciendo, diluyendo hasta volverse apenas una foto en sepia y arrugada de los días de gloria y militancia. Dirigentes gordos y sindicatos flacos. Desafiliación. Pérdida de poder en la negociación y, para colmo, el fantasma del desempleo y del trabajo en negro cubriéndolo todo... Estuvieron a un tris de darle el golpe de furca al sindicalismo. Los datos lo revelan: 24 puntos de desempleo; 9 de cada 10 trabajos en negro; menos de 2.000 convenios colectivos negociados en una década: de 1991 a 2001.

Pero, como dijo alguna vez el “Loro” Lorenzo Miguel, “como el ave fénix resurgió de sus cenizas”... seguramente apoyado por algunas políticas del gobierno que acompañaron este “revival”. Las buenas nuevas son contundentes: se crearon dos millones de empleos formales; se homologaron más de 7.300 negociaciones colectivas; se alcanzó casi el 40% de afiliación sindical (probablemente el más alto del mundo, ahora que Europa ha entrado en una profunda crisis de desempleo); la remuneración media creció un 58%; el salario medio real es el más alto de los últimos 23 años; la participación de los asalariados en la economía creció de 34,6% en 2002 a 43,6% en 2008.

Y sin embargo...

Un estudio elaborado con los datos de encuestas de opinión de C. Fara (Revista *Imagen*), S. Berensztein (Poliarquía) y E. D’Alessio (D’Alessio Irol) para ser presentado en el evento de IDEA del año 2008 determinó que los sindicalistas tienen la peor imagen de los sectores analizados. Apenas 5 puntos de imagen positiva. También aportaba un dato similar Analía Del Franco: “los dirigentes gremiales han tenido, en los últimos años, una imagen positiva por debajo del 5 por ciento”, decía, hace un tiempo, defendiendo la política de Macri de ir contra los gremios municipales.

Seguramente habrá múltiples motivos para que esto ocurra, y se dirá que esto no es así hacia adentro de los sindicatos. Que cada trabajador valora la tarea

de sus dirigentes en el gremio al que pertenece... Pero ocurre algo parecido a lo que pasa con la Escuela, por ejemplo: la educación es criticada, pero la maestra de nuestros hijos es valorada. Estas cuestiones permiten asegurar es que tanto los sindicatos y como sus dirigentes padecen un grave problema de comunicación que se arrastra casi desde su instalación como actores políticos relevantes.

Los orígenes

La historia sindical de nuestro país está íntimamente ligada a la divulgación del ideario de los trabajadores a través de distintos tipos de órganos de difusión que configuran lo que algunos han dado en llamar “la prensa obrera”. La primera huelga que se produjo en la Argentina se debió al grado de “conciencia sindical” de un grupo de tipógrafos que en 1878, frente al recorte de sus salarios y el aumento del horario de trabajo, crearon la Unión Tipográfica. Luego de una histórica asamblea que se realizó el 26 de abril de 1878, los trabajadores elevaron su propuesta a los propietarios de periódicos, quienes la rechazaron de plano. En una nueva asamblea, esta vez multitudinaria, llevada a cabo el 30 de agosto de 1878 en el Teatro de la Comedia (entonces Teatro de la Alegría), más de mil trabajadores, a través de sus comisiones internas delegadas, decretaron la huelga. De esta acción directa sindical, el Dr. Vélez Sarsfield, dueño del periódico *El Nacional*, expresó que las “huelgas eran explicables solamente en Europa” y que no había que “importarlas” a la Argentina. El paro resultó triunfante. Se recuperaron salarios de 1.200 a 1.400 pesos y el horario se redujo a 10 horas en invierno y 12 horas en verano. Pero el poder económico de los dueños de los diarios hizo que, de a poco, se volviera a situaciones de sometimiento.

La historia más reciente

Con el transcurso del siglo XIX, los diarios en la Argentina fueron adquiriendo cada vez mayor relevancia. Pero hacia 1890 sus páginas retrataban, básicamente, el modelo liberal-oligárquico que imperaba por entonces. Es decir, estaban dedicados a apuntalar el plan económico de inserción de la

Argentina en la división internacional del trabajo –fomentaban un rol de productor de materias primas y alimentos para su exportación e impulsaban la importación de la mayor parte de los productos elaborados que consumía el mercado interno– y a proyectar el plan político de instalación de un Estado moderno modelo europeo que diera las mayores garantías posibles a los capitales extranjeros que invertían en nuestro país.

En este sentido Rússovich y Lacroix explican que “los diarios reflejan este cambio en la despersonalización, en el estilo más sintético de sus notas, en los avisos donde las marcas industriales empiezan a reemplazar a los nombres de fabricantes”. Pero, sobre todo, promovían un cambio en lo social fundamentado en la europeización de nuestras costumbres. Básicamente con este objetivo, los diarios nacionales comienzan a utilizar agencias internacionales de noticias, y por este motivo el centro noticioso de influencia se traslada a las capitales europeas y a los Estados Unidos.

Paradójicamente, los sectores obreros, conformados en gran porcentaje por inmigrantes, quedan fuera del discurso de la comunicación por las nuevas características de los medios nacionales y comienzan a producir sus propios órganos de difusión. Estas publicaciones periódicas –generalmente escritas por los mismos trabajadores o por personas que se identifican con sus intereses– producen la construcción de una semántica diferente, ya que le confieren valor positivo a una terminología que en otros medios constituía una identificación peyorativa. “Trabajadores”, “obreros”, “pueblo trabajador”, “masa trabajadora”, “proletarios”, comienzan a ser palabras que enhebran un “yo inclusivo” en términos del discurso identitario. Así nace lo que luego se conocería como la “prensa obrera” que, en un primer momento, tiene la característica de panfletos o pasquines cuyo contenido puede delimitarse sobre tres ejes centrales: 1) una crítica de tono combativo al modelo de sociedad imperante; 2) el esbozo de la sociedad deseada en términos de valores; y 3) las propuestas organizativas, metodológicas y de acción para pasar del modelo criticado a la sociedad deseada. “Tal esquema se asemeja mucho al de la práctica médica dividida en diagnóstico, sanación y terapia, siendo esta última la que permite el tránsito del estado enfermo al estado sano. No es casual esta similitud, pues la prédica obrerista se propone la regeneración de un organismo social considerado enfermo”, sostiene Ricardo Acurso al estudiar la profunda brecha que se va abriendo entre los diarios “burgueses” –así denominaba la prensa obrera a los grandes diarios nacionales– y los de los trabajadores, que también tenían un alto contenido ideológico, antagónico al expresado por los periódicos de distribución masiva. “El periodismo en aquellos tiempos

era totalmente político y cada publicación servía de tribuna” (Víctor Di Santo). Seguramente este hecho motivó que muchas de aquellas publicaciones obreras fueran prohibidas o retiradas de circulación antes de alcanzar la calle.

Hobart Spalding, en un completo estudio sobre el Movimiento Obrero en la Argentina precisa que “los periódicos obreros en los años posteriores a 1890, cuando la agitación obrera empezó a verificarse con más fuerza, estaban estrictamente vigilados o impedida su circulación”. Y como ejemplo pone el caso del periódico socialista *La Vanguardia*, contando que “su venta estaba prohibida en las estaciones de ferrocarriles y en los hospitales y (...) tampoco se permitía su lectura en los mismos trenes. Por este diario como por otros de la época llegan noticias de que en varias oportunidades sus ediciones o los manifiestos impresos por una u otra agrupación fueron secuestrados antes de ganar la calle”. Sin embargo, como lo admite el propio Spalding en su documento, el mayor problema que debieron afrontar estos órganos de prensa fue la obtención de recursos para sostenerse y no tanto el hostigamiento gubernamental: “eran pequeños de formato, infamemente impresos sobre pésimo papel, duraban unos pocos números y luego se extinguían asfixiados por razones financieras o perseguidos por la fuerza pública. Ésta los confiscaba, arrasaba sus talleres tipográficos y detenía a los editores. Pero era inútil: transcurridos unos pocos meses, aquellas publicaciones resurgían bajo un nuevo nombre y la historia recomenzaba”, explica Gonzalo Vial refiriéndose al modelo de prensa obrera chilena de entonces que, naturalmente, no distaba demasiado en su forma, su contenido y su objetivo del que se producía por estas tierras. Lo importante es que tanto aquí como del otro lado de la Cordillera de los Andes la prensa de los trabajadores comienza a consolidarse como foco de actividad sindical, política y cultural. “El modelo de prensa obrera se constituye en una herramienta vital para la difusión de los proyectos ideológicos que se van configurando desde la propia práctica de constitución del movimiento sindical, así como instrumento de organización de éste y de contestación al proceso de transformación que vive la prensa liberal”, explica el experto en medios de comunicación Eduardo Santa Cruz al revisar ese período fundacional de alrededor de 1900. La mirada de este especialista chileno sirve para aproximar una primera tesis que nos acerque a la respuesta: los medios gráficos editados por los trabajadores a principios del siglo XX son, además de una herramienta de comunicación de sus ideas, un instrumento constitutivo de su identidad, que signará al sindicalismo tanto en su proceso de construcción como en el devenir de su proyecto.

Las herramientas

Panfletos, periódicos de tiradas limitadas y circulación restringida, mensuarios, revistas semanales y hasta algunos diarios que marcaron a fuego la historia del periodismo nacional, fueron herramientas de lucha acaso tan importantes como el poder de movilización y la contundencia de los reclamos. Incluso hasta entrados los 90, los diarios más importantes de la Argentina tenían sus columnas de análisis del mundo gremial bajo el título genérico de “Panorama sindical”, con columnas firmadas por periodistas de la talla de Ricardo Roa –editor general adjunto de *Clarín*–, Claudio Jacqueline –secretario de redacción de *La Nación*– y Ricardo Cárpena –editor general de política del mismo diario. Pero, a mediados de la última década del siglo XX, en pleno gobierno peronista y con Carlos Menem a la cabeza, aquella alianza estratégica entre la prensa escrita y el sindicalismo muestra claros signos de haberse diluido... acaso junto a la pérdida de poder que evidenciaban la mayoría de los sindicatos.

La obsesión gráfica

“Compañeros... quiero anunciarles que el diario *La Prensa*, expropiado por disposición del Congreso Nacional, será entregado a los trabajadores en la forma que ellos indiquen”. Con esta frase, golpeando en el centro de su discurso del 1° de mayo de 1951, Juan Domingo Perón le cumple un sueño dorado al Movimiento Obrero Argentino: le entrega el diario más prestigioso –y más opositor– para que, por primera vez, tengan un medio escrito de alcance nacional. Es el año del renunciamento histórico de Evita, de la aparición de su libro *La razón de mi vida*, del primer comicio en el que las mujeres pueden expresarse con el voto y, también, de la primera transmisión de Canal 7. La televisión ha llegado a la Argentina... y sin embargo, el sindicalismo celebra la obtención de un diario.



El hecho no es casual. Más de medio siglo de lucha sostenida y empujada por medios escritos y

la relevante importancia de los obreros gráficos en todo este proceso fundamentan la preferencia de los gremios por los diarios por sobre el resto medios, ya sea la radio –definitivamente instalada a esa altura– o la entonces novísima televisión. Sin embargo, por la alianza estratégica del gobierno del general Perón con los sindicatos, el Movimiento Obrero, “columna vertebral” del Justicialismo, “goza” de las mieles de la propaganda. Así, mientras la Secretaría de Prensa Difusión era manejada por Raúl Apold –conocido como el “zar del cine” por su participación como accionista en Argentina Sono Film y su sociedad con los hermanos Mentaste y el director y productor Luis César Amadori– por su innegable preferencia por los medios audiovisuales, los sindicalistas foguean la relación con el entonces ministro del Interior, Ángel Borlenghi, por su interés en los medios gráficos. Consiguen que *La Prensa* sea declarada “enemigo número uno de los canillitas y obreros en general” y comienzan la campaña que terminará con la apropiación de este diario, que tenía una tirada diaria de 450.000 ejemplares. O sea, mientras el gobierno peronista apuesta fuertemente a los medios audiovisuales, radiodifusoras, filmes, obras de teatro y, sobre todo, televisión, el sindicalismo se obsesiona con una comunicación fundamentada en medios escritos. Obsesión que los acompaña hasta nuestros días.

Sindicalismo, medios y resistencia

Sólo después del golpe de Estado auto denominado “Revolución Libertadora”, los medios gráficos vuelven a adquirir importancia por lo que implican para “la resistencia” sindical. Desde las páginas del diario *El Líder*, propiedad de la CGT, Raúl Scalabrini Ortiz despliega sus agudas críticas contra el Plan Prebisch. Escribe: “el gato es mal guardián de las sardinas”. Pero el general Eduardo Leonardi intervine y cierra *El Líder*. Y entonces, Scalabrini funda *El Federalista*, un medio que financiaba personalmente y duró poco tiempo en la calle. De todas maneras, los diarios nacionales jugaban abiertamente con “La Libertadora” y el gobierno golpista no sólo se intervenía a los medios de prensa opositores, sino directamente al Sindicato de Prensa. Se pretendía amordazar a una resistencia con fuerte presencia del movimiento obrero que, en términos de comunicación, casi volvió a sus orígenes.

Comenzaron a circular panfletos y otros impresos, algunos con denuncias, la mayoría con textos escritos por el general Perón antes de la caída y también en el exilio. Dice Julián Fontana: “la resistencia se propuso desestabilizar al proyecto oligárquico autoritario perpetrado por el nuevo bloque en el poder, con miras a provocar un movimiento de insurrec-

ción popular que desembocara en la toma del poder, con miras —esta vez— a producir un proceso revolucionario de cambio radical. El ideólogo principal de esta estrategia, era nada menos que el representante personal de Perón, John William Cooke”. No cabe duda de que parte de esa estrategia estaba fundamentada en una comunicación que rememoraba los mejores momentos del inicio de la “prensa obrera”. Dice Daniel James: “la mayor parte de la prensa peronista publicada en el período 1955-1959 se editó, en el mejor de los casos, en condiciones semiclandestinas, es decir, con muchas restricciones. De allí que la publicación fuese esporádica y no alcanzara, a veces, más que una o dos ediciones”.

La CGT de los Argentinos

Pero, seguramente, el paradigma de estos medios de la resistencia, tanto porque se opone al poder golpista del “onganiato” como a la “burocracia sindical” que representaba entonces Augusto Vandor y su estrategia de “peronismo sin Perón”, es el *Semanario* de la CGT de los Argentinos. Dirigido por el mismísimo Rodolfo Walsh, con la colaboración de periodistas de la talla de Horacio Verbitsky o Rogelio García Lupo, fue la expresión más acabada de lo que un medio gráfico de “resistencia” debía ser. La revista alcanzó un nivel de calidad profesional de excelencia, tanto en el tratamiento de la noticia (manejaban toda la información sobre las formas y razones de las luchas populares para consumo de sus propios protagonistas) como por la profundidad de sus investigaciones. Desde sus páginas, Walsh publicó una seriada de notas sobre el asesinato del dirigente metalúrgico de Avellaneda, Rosendo García, que luego se transformarían en el libro *¿Quién mató a Rosendo?*, el más profundo análisis del significado político y de los métodos de acción del vandorismo.

El *Semanario* llegó a tirar un millón de ejemplares pero, además, sirvió como impulso a otras formas de comunicación, como las experiencias de militancia artística del pintor Ricardo Carpani, o el trascendental trabajo del Grupo Cine Liberación, que permitió la filmación —y el uso permanente como herramienta de formación y organización políticas— de la película *La hora de los hornos* de Fernando Solanas y Octavio Getino. De haber florecido ese proyecto, tal vez el sindicalismo hubiera encontrado nuevos instrumentos para su expresión, pero con el asesinato de “El Lobo” Vandor, el 30 de junio de 1969 en el local central de la Unión Obrera Metalúrgica, el gobierno de Juan Carlos Onganía, que había sufrido en carne propia el poder del sindicalismo organizado y beligerante, interviene la Federación Gráfica Bonaerense y la mayor parte de los sindicatos inte-

grantes de la CGTA. Sus principales dirigentes, con Raimundo Ongaro a la cabeza, van a compartir la cárcel con Agustín Tosco y Elpidio Torres, los dos líderes visibles del Cordobazo. De esta manera, tal vez la mayor oportunidad de asumir la comunicación desde una perspectiva más moderna es cercenada (como tantas otras posibilidades) por el gobierno de facto, y el sindicalismo no vuelve a producir instrumentos de comunicación tan contundentes como los que proponía la CGT de los Argentinos.



Barajar y dar de nuevo

Con la recuperación de la democracia, en 1983, el movimiento obrero hubo de reconstruirse internamente dada la “mala prensa” de la que gozaba, sobre todo después de la denuncia del “pacto militar-sindical” realizada por Alfonsín durante su campaña. Es precisamente en esa campaña que se produce el desembarco en nuestro país de las más modernas herramientas de *marketing* político, traídas por David Ratto y Gabriel Dreyfus. A partir de ese momento se consolida la utilización de los medios de comunicación audiovisual —sobre todo la TV— en la política. Se instrumentan nuevos modelos de discurso. Se definen nuevos perfiles de emisor. Se trabaja desde el significado y el significante. La “imagen” ocupa el centro de la comunicación... Y el sindicalismo, atado a su historia, insiste con la publicación de “solicitudes”, cada vez más arduas, cada vez menos leídas.

Hay que reconocer que el movimiento obrero, quizá como ningún otro actor político de la Argentina, ha logrado salvaguardar –seguramente gracias al énfasis puesto en la edición de revistas, *house organs* y otros productos de comunicación interna– la identidad comunicativa de cada sector y, a su vez, la interrelación y articulado comunicacional entre las organizaciones de primer, segundo y tercer nivel. Hacia adentro, la circulación de los mejores valores del mundo del trabajo es un ejemplo a seguir e imitar. También hay que resaltar que esta dificultad ha permitido que el discurso sindical se mantenga “virgen”, es decir que los comunicólogos, exégetas y lenguaraces, dispuestos a la apropiación de cualquier forma discursiva, no hayan podido con los sindicatos. Pero la prensa obrera, en términos de exhibición y propagación externa, está casi desaparecida.

Ocurre que en el momento en que la televisión se constituye como medio casi excluyente de comunicación política, la representación de los trabajadores –acaso por su propia crisis de representatividad– no puede asumir el desafío de mudar de una cultura centrada en el texto escrito a una cultura centrada en la imagen. O, lo que es peor: en la mudanza, no importa el medio que elijan, siempre sostienen un mismo “lenguaje”... como si siempre estuvieran hablando en tono de “solicitada”. Las consecuencias de esta imposibilidad son devastadoras para su comunicación, en un contexto cultural y mediático en el que el lenguaje audiovisual impone unas nuevas reglas.

La psicóloga chilena Marta Harnecker (famosa por su salto de la Acción Católica al marxismo y por fundar los sindicatos más radicalizados del país trasandino) sostiene que “la gente de hoy lee muy poco o no lee. Para poder comunicarnos con el pueblo debemos dominar el lenguaje audiovisual”, y agrega que el gran desafío es “buscar cómo hacerlo cuando los principales medios de comunicación están absolutamente controlados por grandes empresas monopólicas nacionales y transnacionales”. Pero para “buscar cómo hacerlo” primero hay que “decidirse a hacerlo”. El movimiento obrero argentino y los trabajadores de muchos países del mundo (sobre todo los de habla hispana) deben comenzar a trabajar de inmediato para corregir esa falta de dominio del lenguaje audiovisual. Y para ello hay que entender el primer mandamiento de la comunicación del siglo XXI, la “era del *homo videns*” que decretara Giovanni Sartori en los estertores de los 90: “lo que hace diferente a la televisión respecto a otros medios no es el medio en sí mismo, sino el modo en el que se cuentan las cosas en televisión”, como explica el catalán Joan Ferrés Prats.

No hay, en el sindicalismo, una acabada idea de qué significa comunicar. Creen, con una ingenuidad que emociona, que informar, publicar o difundir son sinónimos de comunicar, y no es así. Pueden ser acciones de la comunicación, pero el acto de comunicar requiere de algo, o mejor dicho de “alguien” más: el otro. Para que el fenómeno comunicacional se realice, la presencia de “el otro” es imprescindible. Hay que compartir el discurso, poner algo en común... hay que incorporar al otro en el acto comunicativo. Y para esto hay que adecuar el lenguaje. Insisto, no el aparato, no la tecnología: el lenguaje, el código, la semántica de un discurso que debe recorrer otros caminos, diferentes del texto. Porque no se trata de “comprarse” un espacio en TV (que lo han intentado), ni de tener “periodistas propios” en las radios o la televisión (que los tienen y, además, se jactan de ello). Se trata de perder esa impostura de estatuas parlantes con la que se presentan. De evitar las entrevistas excesivamente largas. De tomar un verdadero compromiso con la imagen para que ésta no sea sólo relleno de palabras que nadie escucha. Y de que esos nuevos lenguajes tengan una verdadera representación en el otro.

El sindicalismo, entonces, en aras de recuperar los espacios de comunicación perdidos y de volver a ser reconocido como actor fundamental a la hora de las decisiones políticas, debe abordar con urgencia los nuevos códigos comunicacionales. Como lo hemos establecido, en el movimiento obrero se evidencia un estilo de comunicar excesivamente dependiente del texto escrito, del lenguaje racional, de la cultura impresa, y esto podría transformarse en una ventaja fundamental respecto de la comunicación interna: ha establecido un código doméstico, casi íntimo, que ayuda al mantenimiento de un “*feedback*” permanente entre los trabajadores y la dirigencia sindical.

Pero, además, porque la Internet se exhibe como un medio óptimo para la comunicación obrera, porque sin abandonar su origen “textual” podrán desarrollar nuevos espacios de comunicación, recuperando sus propios códigos y trabajando el mundo de “las redes” (Facebook, Twitter, etcétera), que no son otra cosa que la aplicación cibernética de formas de asociación y vinculación que los trabajadores conocen y practican desde hace mucho tiempo.

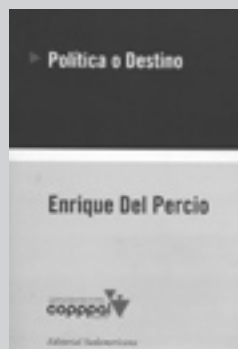
Hay un nuevo mundo para el desarrollo de la comunicación sindical. Un desafío para dirigentes y trabajadores. Seguramente este sector, que ha sido pionero y basamento de tantas cosas, nos dé también en este campo una sorpresa.

COPPPAL Argentina

Colección América Latina y Democracia

Enrique Del Percio **Política o Destino**

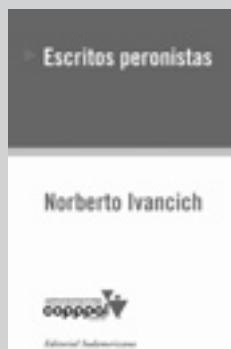
Buenos Aires, Sudamericana-COPPPAL, 2009, 320 páginas



Este no es un libro para idealistas ingenuos ni para realistas timoratos, sino para realistas audaces, capaces de construir una utopía movilizadora, conscientes de que la realidad está preñada de posibilidades, pero sabedores de que éstas no han de nacer solas por el mero transcurso del tiempo. (...) Este obra es un aporte insoslayable para la construcción de un proyecto nacional que nos permita ser artífices de nuestro propio destino.

Norberto Ivancich **Escritos peronistas**

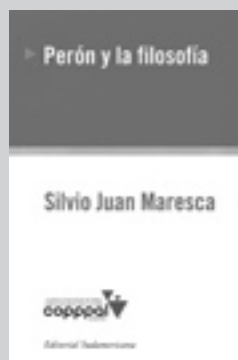
Buenos Aires, Sudamericana-COPPPAL, 2007, 496 páginas



Si bien escribió varios libros, buena parte de los textos políticos de Norberto Ivancich fueron publicados en revistas hoy inhallables. Al cumplirse dos años de su fallecimiento, hemos querido editar varios de sus escritos, para hacer accesibles algunas de las explicaciones más lúcidas que se han emitido para encontrar causas políticas de las crisis que hemos atravesado en estos años.

Silvio Juan Maresca **Perón y la filosofía**

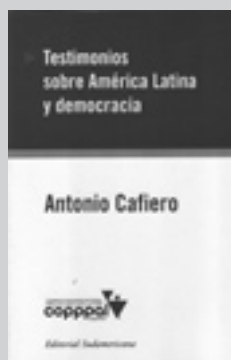
Buenos Aires, Sudamericana-COPPPAL, 2008, 144 páginas



Concebido como una herramienta para quienes desean actuar en política, el libro reseña la evolución de algunas ideas cuyo hilo conductor es la búsqueda de referencias filosóficas del peronismo. Éste es un modo muy particular de ver las cosas, enraizado en una tradición. Pero su validez no consiste en repetir dogmáticamente fórmulas elaboradas en el pasado. Nada hay más ajeno a la filosofía política del peronismo que cualquier forma de fundamentalismo. El peronismo se acerca más a un modo de lectura de la realidad, a un método, que a una colección de afirmaciones dogmáticas.

Antonio Cafiero **Testimonios sobre América Latina y Democracia**

Buenos Aires, Sudamericana-COPPPAL, 2006, 288 páginas



Un régimen democrático sin partidos políticos sólidos es una democracia devaluada; y sin integración regional es una democracia impotente. Pretendo que estas ideas puedan nuevamente volver a ser escuchadas. Además de nuestras riquezas, los latinoamericanos tenemos un aporte que hacerle al mundo: nuestro pensamiento humanista, que siempre supo combinar la voluntad de integrar al otro con la resistencia a corromper valores, idiomas y tradiciones.

Alieto Aldo Guadagni **Braden o Perón**

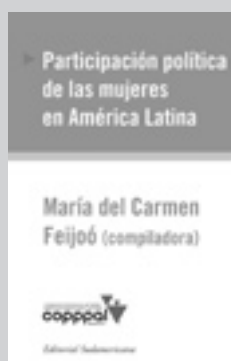
Buenos Aires, Sudamericana-COPPPAL, 2008, 288 páginas



Una nueva perspectiva del diferendo entre Perón y Braden en la segunda mitad de la década del 40, respaldada por un sólido análisis de material documental del Departamento de Estado y otras fuentes. Perón y Braden, analizados desde una óptica objetiva, ajena a cualquier tipo de preferencia ideológica. Alieto Guadagni reconstruye minuciosamente una etapa apasionante de nuestra historia reciente, que deja obvias enseñanzas para el presente y el futuro.

María del Carmen Feijoó (compiladora) **Participación política de las mujeres en América Latina**

Buenos Aires, Sudamericana-COPPPAL, 2008, 192 páginas



Estos textos dan cuenta de 150 años de historia de las prácticas sociales de las mujeres. Resumen una reformulación que tuvo como eje central el cuestionamiento del principio de que su lugar fundamental era el hogar. Muchas generaciones de mujeres superaron las restricciones de un medio hostil, discriminatorio y patriarcal, y se las arreglaron para encontrar formas alternativas que hicieron posible una agenda de reivindicaciones que mejoró la calidad de nuestras democracias.

La gestión local y la construcción de la equidad

Por Kelly Olmos

Es muy importante reconocer la diferencia entre gestión local, municipalismo, descentralización y niveles subnacionales de gobierno. Cada una de estas definiciones encierra una concepción y un concepto. Por ejemplo, los organismos multilaterales generalmente promueven el tema de la *descentralización*, y para nosotros la descentralización está asociada históricamente a aquellos procesos donde se delegaron competencias pero no los recursos para atenderlas, por lo tanto está muy relacionada con el *ajuste*. Pero también está asociada a las estructuras de gobierno unitarias que empiezan gradualmente un proceso de delegación a unidades de gobierno que estén más cerca del ciudadano. Cuando se habla de niveles subnacionales de gobierno, se está refiriendo de algún modo a lo que es la organización política de una comunidad. En el caso de la Argentina, por ejemplo, la estructura de gobierno es federal, pero eso no es así en toda América Latina, y para nosotros las provincias son previas a la construcción del Estado nacional y delegaron en él una determinada cantidad de competencias.

Al mismo tiempo, por ejemplo, la Reforma Constitucional del año 94 cuando fija la autonomía municipal establece que el alcance de las autonomías municipales va a estar determinado por cada constitución provincial, es decir, por el nivel de consenso político que puede ser institucionalizado al nivel de cada Constitución. Esto significa que para nosotros la provincia tiene un peso central, y por eso si analizamos la estructura del gasto estatal consolidado vemos que en la Argentina hay un alto nivel de descentralización del gasto. En el año 2008 las provincias y los municipios ejecutaron el 46,5% del gasto, lo cual para América Latina como medida de descentralización es muy significativo.

Pero la realidad es que en nuestra situación ese grado de descentralización viene dado por el protagonismo histórico que han tenido las provincias en la estructuración de las competencias y del gasto. Como es la provincia y el acuerdo provincial reflejado en la Constitución lo que determina qué es *municipio*, la idea del universo municipal en la Argentina es absolutamente heterogénea. Hay provincias, como Buenos Aires o San Juan, donde *municipio*

es sinónimo de *departamento*, y hay otras provincias, como Córdoba, Santa Fe o Entre Ríos, en que *municipio* es todo el núcleo urbano. Córdoba, por ejemplo, tiene más de 400 municipios, y tiene territorios que no tienen gobierno municipal, que son los territorios rurales. En la provincia de Buenos Aires eso no pasa, porque el límite de un municipio linda con el de otro municipio. En la definición cordobesa se incluye también una clasificación: se distingue entre municipios de primera, segunda o tercera, y en consecuencia se definen distintas competencias para cada uno. Algunos acceden a la autonomía y pueden dictar su carta orgánica, mientras que otros no tienen ese nivel de autonomía y están regulados por una ley orgánica dictada provincialmente.



De las provincias que han establecido el régimen de autonomía que fija la Constitución Nacional para sus municipios, no todas lo han incorporado a su constitución, y de las que lo han hecho no todas han dictado su carta orgánica, por lo cual todavía se siguen manejando con la ley orgánica municipal que estaba vigente antes de la incorporación de la autonomía.

Esto significa que el mundo municipal es heterogéneo, y en consecuencia su estructura de financiamiento también es muy heterogénea. De toda la masa de recursos que recibe la provincia, algunos municipios incorporan fondos para la coparticipación municipal y otros no. Algunos han ido delegando ingresos, competencias y obligaciones por la vía de leyes específicas, como es el caso de la provincia de

Buenos Aires, donde la reforma constitucional fue simultánea a la de la Constitución Nacional y no incorporó el concepto de autonomía. En Buenos Aires los municipios son autárquicos, no autónomos, y esto no sólo conlleva diferencias desde el punto de vista de los recursos que manejan, coparticipados desde la Nación o la provincia, sino que también involucra una gran diferencia respecto de los recursos que pueden recaudar. Cuando un municipio no tiene autonomía, generalmente recauda solamente tasas, que son la contraprestación por los servicios que brinda, a menos que haya tenido una delegación específica, como efectivamente ocurre, y entonces la provincia le delega la recaudación de determinadas contribuciones a cambio de hacerse cargo de una serie de competencias. En cambio, un municipio con autonomía ya puede avanzar en la fijación de contribuciones.

Cuando se discute sobre el tema del financiamiento de los municipios, la primera discusión, igual que en el caso de las provincias, tiene que ver siempre con la coparticipación. Esto me parece legítimo. Es probable que la dinámica de la realidad haya generado nuevas demandas sobre las que el que gobierna localmente nunca puede decir “esto no me corresponde”. Al ser el nivel de gobierno más próximo al ciudadano, cuando no tiene la competencia propia tiene que transformarse en un gestor de lujo frente a la provincia, frente a la Nación, pero tiene que buscar un mecanismo para resolver la demanda. Además, el juicio de valor que el ciudadano elabora sobre el funcionamiento del sistema democrático en su conjunto está relacionado con el juicio de valor que emite acerca del nivel de gobierno más próximo que tiene.

Me interesa instalar también otra discusión, acerca de cuáles son las características de la dinámica de gestión que pueden llevar a mejorar la capacidad de recaudación del nivel local de gobierno, es decir, cómo hacemos para fortalecer esa capacidad de recaudación propia y poder así atender a lo que indiscutiblemente todos acordamos, que es la existencia de una demanda creciente de servicios a nivel local. Esto nos lleva al concepto de *gestión de ciudades*. Como recién decía, *municipalismo* no es necesariamente gestión de ciudad, porque a veces abarca mucho más que una ciudad, pero yo diría que es predominantemente gestión de ciudad, y las ciudades son el escenario más importante del proceso de socialización. Son el lugar de las grandes transformaciones, y en consecuencia tienen dimensiones que exceden lo que es la relación estricta en términos de prestación de servicios. Siempre menciono una

frase: “dime qué ciudad imaginas, y yo te diré qué sociedad pretendes”. Porque uno puede imaginar una ciudad como la que en gran medida se ha generado en América Latina y que también caracteriza a Asia y África, muy dividida, con servicios públicos de primera para una ciudadanía que los puede pagar, y la ausencia de servicios públicos o una prestación mucho más deficiente para los más humildes de la comunidad. Si uno imagina una ciudad cuya dinámica de desenvolvimiento está definida por el mercado y no por las necesidades de la población, sobre todo de la población más humilde, lo que va a tener es una sociedad dividida, y en consecuencia una sociedad muy violenta. Si en cambio imagina una ciudad donde se valora el espacio público como lugar de encuentro de los distintos, donde se ponen en valor aquellas políticas que permiten impulsar la relación entre los distintos, donde se da prioridad al acceso al suelo y a una vivienda digna para aquellos sectores más humildes, donde se prioriza el acceso de los servicios precisamente para el sector que más lo necesita, entonces va a estar indudablemente pensando en una sociedad mucho más cohesionada, y consecuentemente mucho más segura. Pero eso nos obliga a pensar cómo hacemos para que el acceso al suelo urbano, su regulación, su tributación, permita a los sectores más humildes acceder a una vivienda digna, y además permita al gobierno local contar con recursos para poder extender los servicios en cantidad y calidad a todo el que los necesite.

Hubo un proceso donde la industria fue el gran dinamizador de las migraciones hacia la ciudad, pero hoy hay muchísimas ciudades dormitorio, que son las más polarizadas socialmente, porque generalmente lo que demandan es mucho servicio informal o de baja retribución.

Lo que importa es entender que el suelo urbano no es un recurso natural. No es lo mismo que el suelo rural. El suelo urbano es una creación social, porque exige la existencia de una norma que establece cuál es el límite del ejido urbano, y cuando lo establece, instituye qué exigencias en cuanto a prestación de servicios tiene ese terreno. Un terreno rural no exige que uno llegue con el tendido de servicios hasta allí, pero si yo incorporo determinados terrenos dentro del ejido urbano, esos terrenos pueden exigir alumbrado público, acceso al agua, cloacas, etcétera. Entonces, hay un proceso de dictado de normas que transforman lo que es un bien natural en un bien de carácter social. Después hay un proceso de inversión de carácter, que es lo que hace que un suelo sea efectivamente urbano, y en consecuencia que su valor se modifique sustancialmente. Ese incremento de valor

que se genera por transformar un bien natural en un bien social es la función de producción más importante que desarrolla una ciudad, y es en esa función de producción donde en gran medida las naciones más desarrolladas han sido capaces de capturar una plusvalía, que es esa diferencia de valor entre el terreno cuando es rural y el terreno cuando es urbano, y tiene una norma de uso y de edificabilidad y una determinada prestación de servicios. Esa plusvalía es lo que se recauda y permite invertir ampliando la ciudad o extendiendo los servicios a aquella vivienda que lo necesita, y que de hecho se pudo haber emplazado en un terreno que no tenía los servicios porque era a lo que económicamente podían acceder sus ocupantes.

Percibo esto como uno de los debates más importantes y a veces más postergados en América Latina, porque generalmente vemos cómo se dictan normas que amplían el carácter urbano de las ciudades, que le dan edificabilidad, y si no han previsto en la norma el mecanismo para que ese mismo incremento de valor financie las demandas que la ciudad tiene de extensión de servicio público, lo que se produce es un proceso donde se privatiza toda la ganancia y se socializan todos los costos. Si cualquier ciudad intermedia del interior del país recibe una cantidad de población importante porque, por ejemplo, tiene una estructura productiva asociada al petróleo, que si incrementa su precio genera mucho más trabajo, entonces rápidamente recibe niveles de migración que buscan mejores oportunidades de trabajo. Sin embargo, el ejido urbano con servicios es tan pequeño que hace que el precio de la tierra servida sea alto y no puedan acceder a ella los inmigrantes, entonces se instalan en los alrededores. Uno ve que tienen capacidad adquisitiva, porque tienen televisión por cable, un buen automóvil, pero la vivienda es precaria, está sobre un lote que puede ser fiscal o de un propietario que no conoce, y no sabe si al día siguiente lo van a echar. Además su calidad de vida es baja, porque los niveles de servicio a los que puede acceder todavía son precarios.

Si la ciudad pretende objetivamente institucionalizar ese crecimiento que ha tenido, entonces tiene que prever no sólo la norma de extensión, sino prever de quién es efectivamente esa propiedad, y qué norma de edificabilidad le va a dar. Entonces, en ese proceso de incremento de valor tienen que estar dadas las condiciones para aplicar una contribución, porque ese incremento de valor no ha sido generado por el propietario del bien. No es producto de su inversión o de su construcción, sino de lo que invierte el conjunto de la comunidad. Traigo un ejem-

plo: si tengo dos inmuebles exactamente iguales, uno en una zona consolidada con muchos servicios públicos y otro del mismo tamaño e igual calidad en un barrio periférico con poco transporte y poco acceso a los servicios, ¿tienen el mismo precio? No. No son iguales. Hay una diferencia sustancial en la localización. Una cosa es el valor intrínseco del inmueble, y otra cosa es el valor de mercado que no está dado sólo por las características del inmueble, sino sustancialmente por lo que la comunidad ya ha invertido alrededor de esa localización, y es el suelo el que capitaliza, dependiendo de que tenga transporte público, agua, pavimento, etcétera. Entonces, cuando le doy norma a ese predio y como Estado me genero obligaciones respecto del mismo, es que tengo que incorporarle los costos que genera que eso sea parte de la ciudad y que le lleguen los servicios. Y si ya tiene los servicios y le cambio el uso, o le cambio la edificabilidad y en consecuencia le cambio el valor, también tengo derecho a recuperar una parte de eso para poder extender los servicios a aquellas zonas que todavía no lo tienen. Esta función de producción es muy importante, porque es una fuente de recursos central para quien gestiona localmente, para comprender que en realidad el poder político ya no deviene de cobrar impuestos al que puede contribuir, sino que deviene de la posibilidad que tiene el gobernante de extender la prestación de servicios a todo aquel que lo necesite. Y esta es una importante diferencia de concepción.

Políticas peronistas de población y migraciones

Por Lelio Mármora

Durante los gobiernos de Juan Perón se dio un desarrollo en el área de población y migraciones desde muy distintas posiciones, de acuerdo a cada momento. Perón consideraba a las políticas migratorias como herramientas de las políticas de población, no como algo independiente. En el primer Plan Quinquenal se establece una diferencia con el siglo XIX, cuando la política migratoria era una finalidad primordial. Perón planteaba que la política migratoria tenía que ser funcional al desarrollo propuesto en el Plan. En el segundo Plan, Perón ya vincula las migraciones con la organización del pueblo. Allí hay un capítulo donde se trata el papel social de la mujer y se comienza a trabajar sobre los pueblos aborígenes.

Las políticas migratorias, sobre todo el proyecto de base que se presentó en 1947, tenían cuatro principios básicos: *espontaneidad*, *selección*, *encauzamiento* y *justicia social*.

Esto ha sido criticado por muchos analistas políticos que decían que la migración del peronismo no era una migración abierta sino selectiva, pero porque se confunde la idea de *selectividad*. Una cosa es ser selectivo por restrictivo, y otra es ser selectivo porque además de los que vienen espontáneamente se está buscando a aquellos que interesa que vengan. La política peronista era una política de espontaneidad, y eso quiere decir que podía venir todo aquel que quisiera. La diferencia era que el Estado sólo iba a subvencionar y dar facilidades —como la distribución de tierras— a las familias que querían poblar las zonas rurales. Este era un procedimiento selectivo, pero porque vincula la migración con la necesidad de recursos humanos calificados que había en ese momento, sobre todo en el desarrollo industrial y la colonización que se pensaba hacer en el interior del país. Se estaba haciendo un gran esfuerzo de desarrollo industrial, y las delegaciones argentinas en el exterior seleccionaban gente de acuerdo a la demanda insatisfecha por parte de la industria argentina. Esa selección se hacía en el lugar de origen de los inmigrantes. También se buscaba evitar el éxodo rural, fortaleciendo las áreas rurales con población que pudiera instalarse y trabajar allí.

Espontaneidad significaba apertura, no había límites religiosos ni culturales para aquellos que

quisieran venir. Antes de Perón, sobre todo después de la crisis de 1930 y hasta 1945, las políticas, tanto acá como en otros países, eran restrictivas. A partir de 1945 rige la espontaneidad, no había ninguna limitación para quienes quisieran vivir en el territorio argentino.

El tercer criterio es el de *encauzamiento*, y acá entra la cuestión de la colonización. Se trataba de encauzar a los inmigrantes hacia aquellas zonas rurales que todavía no estaban explotadas. Dentro de estos programas de colonización, se fomentaba el cooperativismo y se establecía una regulación de los programas privados. A diferencia de lo que pasó a fines del siglo XIX y fines del XX, durante el gobierno de Perón florecieron los programas privados de migración. En la primera etapa se los relegó, pero luego se los ponderó, controlándolos para evitar estafas.

El cuarto principio era el de *justicia social*, que englobaba a los demás. Se planteaba el principio de desarrollo humano, pero en términos de justicia social. Era fundamental que el inmigrante ni bien llegaba tuviera todos los derechos que tenía el habitante del suelo argentino.

En políticas de migración se utilizaron varios instrumentos, como el Consejo de Planificación de Población y Colonización en 1947. La idea de este consejo era conocer y estudiar los problemas de la evolución del potencial humano y mejorar la política demográfica y las condiciones de vida de los nativos y de los aborígenes. Después se creó la Dirección Nacional de Migraciones, en 1949, que unifica la Dirección General de Migraciones, las delegaciones argentinas de migración en el exterior, que antes trabajaban sin coordinación, la Comisión de Recepción y Encauzamiento, el Instituto Étnico Nacional, que venía desde antes de los gobiernos peronistas, y la Dirección de Protección al Aborigen, que entraba dentro de la Dirección General de Migraciones y dependía directamente de la Secretaría Técnica de Presidencia.

Hubo algunas cuestiones que fueron innovadoras dentro de ese gobierno. Una de ellas es la aparición de la necesidad de este núcleo poblacional, que estaba invisibilizado, al que se le empieza a aplicar una política. En 1949 se crean las dele-

gaciones de migraciones en todas las provincias. La Constitución del 49 impulsa la apertura de la Argentina para todos aquellos que quisieran venir, y además estableció algo que después no se repitió –creo que no hay ninguna constitución en el mundo que lo haya hecho–: cualquier inmigrante que hubiera estado cinco años en la Argentina obtenía la nacionalidad automáticamente. Sólo demostrando que llevaba cinco años viviendo en Argentina. Otro hecho interesante es que en 1949 Perón larga la primera amnistía que se conoció en América Latina para inmigrantes que estaban en situación irregular. Una amnistía que se aplicó a inmigrantes judíos que habían sido rechazados por Brasil, y que permitió la radicación de 10.000 inmigrantes judíos. También fue algo que nunca se volvió a ver después en la Argentina.

Esto nos lleva a la parte más polémica de la cuestión: la estigmatización del gobierno del general Perón como refugio de inmigrantes nazis. Esto se inicia con el *Libro Azul* de Braden, lanzado en la campaña de la primera elección de Perón, con el apoyo tanto de los sectores conservadores como del Partido Comunista, acusando a Perón de nazi y antisemita. Ninguna de esas cosas se pudo probar, y después salió el *Libro Azul y Blanco* que rebatió absolutamente todo. El libro de Braden más bien le hizo propaganda a Perón. Terminó siendo más positivo que negativo, porque era tan absurdo, tan débil y tan indemostrable, que incluso Estados Unidos mandó retirarlo porque identificó el error que se había cometido.

Pero no se dejó de intentar transmitir la idea de que la Argentina fue el paraíso de los nazis. Después de la Segunda Guerra Mundial había en Europa 150.000 nazis, de los cuales solamente 50.000 fueron condenados. Hay 100.000 que nadie sabe adónde se fueron. Es cierto que el gobierno peronista trató de captar recursos humanos calificados, entre ellos científicos y técnicos de la Alemania nazi. También lo hicieron Estados Unidos, la Unión Soviética, Egipto y la India. Nosotros tuvimos un resultado inferior que el que tuvo Estados Unidos. El equipo espacial de Estados Unidos, así como el de la Unión Soviética, estaban formados básicamente por científicos que sacaron de Alemania cuando la ocuparon. Esto en el caso de Estados Unidos era una cuestión normal. Hasta 1945 no consideraban criminales a aquellos que hubieran cometido crímenes en otro país que no fuera Estados Unidos. Esa es otra de las causas de la corriente migratoria nazi hacia allá.

Por otra parte está el tráfico ilegal de nazis, que fue promovido básicamente por Francia, el Vaticano, Gran Bretaña y Estados Unidos, y tuvo que ver con

las fuerzas de ocupación. Si hay un país ocupado y sus habitantes se escapan como conejos por el mundo, alguien los tuvo que haber ayudado. Eso está verificado sobre todo en la desclasificación de documentos. Gran parte de los nazis que en ese momento se fueron de Alemania ayudados por Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania Occidental, se convirtieron en espías de la CIA y de los servicios secretos alemanes. Durante quince años el gobierno de Alemania Occidental se negó a que se abrieran los archivos secretos para saber qué había pasado con los nazis que se fugaron.

La política de Perón fue una política de apertura. Cuando llegaron a la Argentina con documentos falsos, entraron aproximadamente 10.000 alemanes. Según Rein, vicerrector de la Universidad de Tel Aviv, a la Argentina llegaron 50 criminales de guerra, y la mayoría portaba documentos falsos. A algunos se los fue descubriendo, y otros se fueron.

Los nazis llegaron a todas partes, no porque hubiera una política de Perón para atraerlos. En América del Sur fueron a Brasil y a Bolivia, y en Chile formaron comunidades, como la Colonia Libertad que apoyó a la dictadura de Pinochet. John Loftus, ex fiscal del Departamento de Justicia de Estados Unidos que escribió un trabajo sobre inmigración de criminales nazis a Norteamérica, planteaba que el objetivo de esa política era proteger a ex agentes del Tercer Reich, en términos de ofrecer una retribución militar o de inteligencia contra el comunismo. Como en ese momento no se había iniciado la guerra fría, eran adoptados como informantes o asistentes. Loftus plantea que existen evidencias concretas de que el gobierno de Perón protestó porque muchos de los que llegaban a la Argentina eran enviados por Estados Unidos. El trabajo de Loftus vale la pena, porque él es uno de los primeros que trabaja desclasificando los documentos secretos de Estados Unidos. A partir de un momento determinado se comenzó a decir que la Argentina no solamente fue receptora, sino que también fue puerta de entrada, pero la verdad es que no los dejaban entrar y los mandaban a otras partes. Fue un país de tránsito. Pasó con Menguele y con otros que no pudieron quedarse. Y los que se quedaron, no se quedaron solamente durante el gobierno de Perón, sino que también lo hicieron durante la Revolución Libertadora y el gobierno de Frondizi, y algunos hasta mucho después. Muchos se quedaron porque entraban con documentación falsa dada por la Cruz Roja, o por el Vaticano, que tuvieron un papel muy importante en todo esto, no solamente con los alemanes, sino también con los croatas y los polacos.

El río y la gente piden una provincia nueva

Por Daniel E. Herrendorf

Se trata de resolver el conflicto geopolítico más dramático y más viejo de la República Argentina: las falsas fronteras del conurbano con la gigantesca ciudad de Buenos Aires –“La Cabeza de Goliat”, según la llamó Martínez Estrada. La ciudad de Buenos Aires y la trama urbana de su entorno presentan conflictos estructurales de tal envergadura que cualquier solución a intentar debe estar salvada de frivolidad. La tarea es colosal: se trata de poner a la ciudad de Buenos Aires en el arco de crecimiento activo de regiones sudamericanas, de la misma manera en que la Comunidad Económica Europea creció a través de un sistema de ciudades vinculadas desde Barcelona hasta Milán.

El crecimiento transversal

La ciudad de Buenos Aires ya no debe proyectarse hacia adentro. Esa identidad de urbe hacinada e inmóvil hacia el centro –la población de la capital no crece hace más de medio siglo– la condenó a vejez y a quietud; en cambio, la identidad radial del conurbano hacia el campo, con tasas de variación intercensal que llegan al 50 por ciento, no ha hecho más que crear conflictos en las fronteras conurbanas. La ciudad de Buenos Aires debe plantearse una estructura de crecimiento transversal y hacia el río. El corredor fluvial trazado sobre el eje imaginario San Nicolás-Mar del Plata –que incluye uno de los deltas crecientes más grandes del mundo– impone la realidad de una provincia nueva que bien puede extenderse desde las ciudades mencionadas, incorporando a toda la Ciudad de Buenos Aires, desfederalizada, y los tres cordones conurbanos. Los poderes federales que define la constitución (la “Capital Federal” denominada “Ciudad Autónoma de Buenos Aires”) bien pueden tener asiento en un centro histórico de cuarenta manzanas, como tantas veces han planteado los buenos urbanistas, desde Le Corbusier hasta Guillermo Laura. Dicho centro histórico será la continuidad jurídica de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, con su Estatuto actual.

Una nueva provincia

La provincia nueva debe ser un eje ribereño que recupere los beneficios del río, extendiendo sus lazos

de cooperación regional hasta el delta entrerriano y el conurbano platense de Berisso y Ensenada, con incorporación –hacia el sur– de esos extremos hasta Mar del Plata. La estructuración urbana actual está de espaldas al estuario más grande del mundo. Planteamos una forma de desarrollo que se extiende sobre el eje fluvial, porque la tendencia hacia la formación de un continuo urbano en tal dirección es evidente. Este sistema de desarrollo transversal reordena la expansión radial con extensiones continuas ribereñas fuertemente programadas.

El conflicto del status jurídico real de Buenos Aires quedaría disuelto en la provincialización de la ciudad, junto al restante territorio de la provincia nueva, lo cual es la solución propia de un Estado federal. En tanto, las previsiones de la Constitución para la ciudad capital bien pueden valer para sus nuevos límites de ciudad federal céntrica y “vaticanizada”.

La discusión acerca del destino de ambas Buenos Aires debe recuperar racionalidad. Para que el tema reasuma toda su entidad hay que plantear la alternativa de una “Provincia del Plata”. La regionalización económica que prevé la constitución reformada debe comenzar por resolver el dilema histórico de la cabeza de Goliat. Y los antagonismos se desentrañan con decisiones de fuerte impacto. Una decisión de esta naturaleza tendría, además, un alto sentido práctico. El clima, la geografía, la población, la cercanía o la lejanía con el mar y los ríos navegables, la mediterraneidad, las distancias y el desierto fueron los factores que delimitaron las 14 provincias históricas.

En resultado de la reforma que proponemos sería: 1) una nueva provincia ribereña (la “Provincia del Plata”, o “Provincia cisplatina”); 2) una provincia de Buenos Aires remanente y pampeana, con vocación rural; 3) una Ciudad de Buenos Aires “vaticanizada”, capital federal de la República, con 40 hectáreas aproximadas del centro histórico y político, donde continuarán teniendo asiento los poderes federales.

Si un proyecto de tal envergadura prosperase, sus actores serían poco menos que padres fundadores de una república nueva, con un federalismo fortalecido y un reordenamiento territorial propio de los

actos fundacionales. Esto sólo puede pedírsele a las generaciones nuevas que gobiernan. El presidente Frondizi intentó esta reforma pero fue destituido. El célebre Le Corbusier trabajó en ella preocupado por el Río de la Plata. En 1994, junto al ingeniero Guillermo Laura, el ministro Carlos Corach, el escritor Emilio Perina y el arquitecto Eduardo A. Albanese, actualizamos el proyecto.

Conclusiones preliminares

La Capital Federal podrá ser el territorio de la ciudad de Buenos Aires delimitada, por ejemplo, de este modo: al este, el Río de la Plata; al sur, las calles y avenidas Brasil, Paseo Colón, Martín García, Defensa, Caseros, Hornos, Brasil, Lima, y San Juan; al oeste, las avenidas Jujuy y Pueyrredón; y al norte, las calles y avenidas del Libertador General San Martín, Ramos Mejía, Antártida Argentina y Córdoba hasta el Río de la Plata. Esta sería la nueva ciudad de Buenos Aires, continuadora, a todos sus efectos, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, y regida por su legislación vigente. Se desafectaría de su condición de Capital Federal de la República al territorio de la Ciudad de Buenos Aires no comprendido entre los límites mencionados más arriba. Se podrá crear una nueva provincia conformada por el territorio de la ciudad de Buenos Aires, los tres cordones del conurbano bonaerense, y todas las ciudades que resultan de un eje trazado desde Mar del Plata hasta San Nicolás, ambas inclusive.

Procedencia constitucional

La provincialización de cualquier parte del territorio argentino es posible de acuerdo a los artículos 13 y 75:15 de la Constitución Nacional. Incluso está prevista la formación de provincias en el territorio “de otra u otras” con la conformidad de las legislaturas correspondientes y el Congreso Nacional (artículo 3). La Constitución reconoce a la ciudad de Buenos Aires un régimen de gobierno autónomo con facultades de legislación y jurisdicción bajo el artículo 129. En el mismo artículo se establece que el Estado Nacional garantizará en la ciudad sus intereses por ley. Por tanto, mientras se garantice la autonomía del gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, nada impide al congreso modificar sus límites y declarar provincia al territorio que desfederalice.

La ciudad de Buenos Aires tiene un status jurídico-institucional propio de acuerdo a la mejor doctrina (cf. Bidart Campos, Pedro Frías, Vanossi, Sagüés) y la legislación nacional (v.g. Ley 19.987), amén del nuevo status jurídico que le confiere la Constitución en su artículo 129. Por lo tanto, no

puede provincializarse todo el territorio de la Ciudad de Buenos Aires haciéndola desaparecer, pues ésta debe subsistir con el régimen constitucionalmente previsto. Resulta constitucional y legalmente ortodoxo cambiar los límites de la ciudad de Buenos Aires, establecidos por Ley, mediante otra Ley. Así, sustituyendo el artículo 1° de la Ley 1.029 pueden fijarse límites de “vaticanización” para dicha ciudad, que continuaría siendo Capital de la República conforme a los preceptos de esa misma norma. El territorio restante, bajo la vocación legislativa del Congreso Nacional, puede ser provincializado. Para anexarle territorios de la provincia de Buenos Aires sólo es requisito la conformidad de la legislatura de dicha provincia.

Precedentes legales

- Ley 202 del 1° de octubre de 1866.
- Ley 216 del 13 de agosto de 1867.
- Ley 522.
- Ley 294 del 6 de julio de 1869 (vetada).
- Ley Nacional 674.
- Ley Nacional 1.025 del 2 de agosto de 1880.
- Ley Nacional 1.029.
- Ley de la provincia de Buenos Aires cediendo el territorio de la Ciudad de Buenos Aires para Capital de la República.
- Ley Nacional 1031 del 20 de septiembre de 1880.
- Ley de la Legislatura de la Provincia del 28 de octubre de 1884.
- Ley Nacional 1.585.
- Ley 1.899 de la Provincia de Buenos Aires cediendo a la Nación los municipios o partidos de San José de Flores y Belgrano.
- Ley Nacional 2.089.
- Ley Nacional 2.675 del 6 de noviembre de 1889.
- Ley Nacional 4.029 del 28 de noviembre de 1901.

Fundamentos

Debemos repensar la organización nacional tal como lo planteó con precisión la Convención Nacional Reformadora de 1994 al instalar el tema de la regionalización. Con esta transformación avanzamos en una reorganización mayúscula de nuestra geografía política, que está en sintonía con la creación de “regiones para el desarrollo económico y social” previsto por el legislador constituyente en el artículo 124 de nuestra Constitución Nacional. De esta forma debe ponerse en marcha la constitución reformada, también en lo preceptuado por el

artículo 75 de nuestra Ley Fundamental, que insta al Congreso a “promover políticas diferenciadas que tiendan a equilibrar el desigual desarrollo relativo de provincias y regiones”.

En el mismo momento en que se iniciaba el siglo XXI, se priorizó la necesidad de repensar el funcionamiento idóneo de nuestro federalismo. No se trata de cambiar absolutamente la organización del país, sino simplemente de adecuarla a los nuevos tiempos, respetando sus esencias fundacionales. Debemos aventar las estructuras que impiden un desarrollo pleno, y reemplazarlas por otras acordes con “la verdad de los hechos”, tal como postulaba Juan Bautista Alberdi al inspirar la organización argentina. Sentar la jurisdicción argentina “en la naturaleza de las cosas”, postulaba el insigne tucumano, que sin duda alguna fue y sigue siendo uno de nuestros mayores pensadores políticos.

Todos los argentinos debemos pensar cuáles son las formas jurídicas que nos permitirán transitar el tercer milenio con optimismo justificado; sin la ilusión, por cierto, de que serán estructuras para mil años, pero convencidos de que podrán serlo para una centuria. Las estructuras diseñadas en 1880 han cumplido holgadamente su centenario. Alguna vez la provincia de Buenos Aires tuvo la oportunidad histórica de acordar con la Nación una nueva estructura para la República. Carlos Tejedor no lo vio así y “la verdad de los hechos” alberdiana, que no pudo imponerse por la razón de las cosas, terminó haciéndolo mediante una lucha breve pero increíblemente cruenta. Al cabo de más de cien largos años, ambas (Buenos Aires y la Nación) deben acordar ahora una estructura que no niegue a millones de ciudadanos el derecho a organizarse como una provincia, pero que tampoco gravite sobre el desarrollo armónico de la región, ni sobre las necesidades del pueblo, siempre tan arduas de solventar. La legítima aspiración de asegurar la autonomía de la Ciudad de Buenos Aires nos alejó de las soluciones metropolitanas de fondo, que es preciso plantear en esta hora.

El conurbano

Resuelta ya una aspiración tan razonable, debemos avanzar en un proceso de soluciones globales para conflictos históricos, como lo es la sensible relación entre la Ciudad de Buenos Aires y su entorno. Ya no se trata de elegir un intendente, sino de resolver problemas estructurales montando la estructura propia de un Estado. Un proyecto tan ambicioso no puede sino ser considerado, como quería Alberdi, de acuerdo con la verdad de los hechos. Y la verdad de los hechos dice que Buenos Aires no es ya la gran aldea, ni la cosmópolis que se anexara los

pueblos de Belgrano y de Flores, sino la megalópolis que comprende, por lo menos, muchas regiones cercanas del Gran Buenos Aires. La identidad porteña excede sus límites políticos actuales, porque no son solamente porteños los tres millones de personas que viven entre el Riachuelo y la avenida General Paz, sino muchos otros que conviven dentro de un perímetro mayor, que los hace parte del mismo continuo urbano. Ningún proyecto debe aislar esos tres millones, porque la vida cotidiana no distingue dos ciudades, sino una gran mancha urbana que comprende a todos sus habitantes.

Una propuesta que solamente abarque los límites –socialmente ya inexistentes– de la Capital Federal, aislándola, sería, como decía hace ya sesenta años Carlos María Della Paolera, un proyecto disfuncional. Escribió el eximio ingeniero y urbanista que “en Buenos Aires sus límites de gran ciudad deberían pasar, al menos, por el Tigre y por Quilmes. El anacronismo urbanístico –decía– consiste en considerar a Buenos Aires terminando en el Riachuelo y la General Paz”. Este anacronismo no se corrigió sino que se incrementó, pese a que desde mucho antes hubo valiosas iniciativas tendientes a evitar los tremendos problemas que padece hoy la Ciudad de Buenos Aires.

Sarmiento impulsó un proyecto que hacía continuar a la ciudad de Buenos Aires hasta el Delta. Carlos Pellegrini consiguió en el año 1900 hacer aprobar en el Senado de la Nación –con el apoyo, entre otros, de Bartolomé Mitre y de José Evaristo Urriburu– un proyecto que dividía la provincia de Buenos Aires, separando –como puntas del progreso– el área metropolitana de otra, cuya cabecera era Bahía Blanca. Roque Sáenz Peña, en su primer mensaje a la Asamblea Legislativa en 1912, sostuvo la necesidad urgente de incorporar Avellaneda a la Capital Federal. Salteamos el antecedente de Rivadavia, que ya en 1826 previó el crecimiento de Buenos Aires y obtuvo que el Congreso Constituyente extendiera el límite de la capital desde Tigre hasta Ensenada.

En el debate ocurrido cuando se anexaron Flores y Belgrano al municipio porteño, dijo en el Senado de la Nación el senador Igarzábal: “en Belgrano y en Flores vive gran número de comerciantes, abogados y empleados que actúan en la Capital”. Y agregaba: “esta ley es la consagración de lo que la naturaleza y el tiempo han fundido en un solo cuerpo de ciudad (...) ya por su fuerza material como por todas las demás condiciones, necesidades y ventajas que caracterizan la unidad urbana, social y económica”. Lo mismo cabe decir hoy acerca de muchos municipios bonaerenses, como por ejemplo Quilmes, San Isidro, Tigre o Avellaneda –que fueron identidades peri-

féricas y extrañas a la ciudad en el 1900–, que hoy comparten un conjunto urbano común. A su vez, en la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, el diputado Mones Cazón, repitió el mismo concepto: “de nada serviría –afirmó en el debate ocurrido en aquella oportunidad– que la provincia de Buenos Aires se empeñase en conservar la jurisdicción sobre los territorios de Flores y Belgrano, si diariamente se está viendo que estos territorios no forman ya sino una sola individualidad con la ciudad de Buenos Aires”. Y es eso –exactamente eso, que ocurría hace cien años con Flores y Belgrano– lo que sucede hoy con territorios aledaños a la ciudad que forman, prácticamente, una sola individualidad con ella.

La solución sustentable

No obstante, es preciso buscar una solución racional, y no una mera y llana sumatoria de territorios anexables. No se trata de juntar jurisdicciones, sino de darle una orientación nueva a una región problemática, concediéndole una entidad de mayor envergadura. Toda el área metropolitana, con características esencialmente urbanas, constituye en una sola individualidad la sexta megalópolis del mundo (Nueva York, Londres, Tokio, México y Sao Paulo la preceden). Allí –en Buenos Aires y el conurbano bonaerense– radica casi el 40 por ciento de la población argentina. Concentra más del 60 por ciento de la producción industrial del país, el 75 por ciento de las curtiembres, el 70 por ciento de la industria frigorífica y molinera, el 80 por ciento de la producción del calzado y más del 75 por ciento de la textil. Asimismo, tiene una variación intercensal de crecimiento periférico que oscila entre el 22 por ciento en Berazategui y el 50 por ciento en Moreno, en un sistema radial de 50 kilómetros de extensión. Toda esta área –la Ciudad Autónoma más los tres cordones periféricos– es un conglomerado económico, industrial, poblacional, urbanístico y geográfico impactante, que puede integrarse bajo una sola administración sin desmedro del equilibrio regional y nacional, proponiendo límites laxos a causa del alto índice de la tasa de crecimiento poblacional en la periferia.

Por esta razón se hace imprescindible hallar una solución de integración viable y sustentable, que resuelva: a) el aislamiento de la Ciudad de Buenos Aires y su polimorfa organización político-institucional, ajena a nuestro sistema constitucional histórico de provincias unidas; b) el enorme complejo conurbano que debe desahogarse para racionalizar su desarrollo armónico; c) la racionalización de fronteras conurbanas que hoy son solamente formales; y d) la formación de una nueva entidad política con sentido propio.

Porque también abruma en la misma zona las cifras de las carencias. Altos guarismos en lo que concierne a la falta de agua potable, escasez de viviendas y falta de sistemas generales de infraestructura, forman parte del índice de tareas por realizar en el territorio, en su conjunto.

La inmensa unidad urbana que sólo en lo institucional –es decir, en su estructura burocrática– absorbe alrededor del 12 por ciento de todo el presupuesto nacional, padece además de una tremenda y arbitraria confusión de jurisdicciones y competencias que todo lo encarece y lo paraliza. Por eso es imprescindible una reorganización de la región señalada.

Existen varias soluciones idóneas que sólo dependen de la fuerte decisión de la dirigencia política, al instalar un debate a fondo. La que ofrecemos consiste en realizar un cambio estructural en el diseño de la geografía política del país acorde a una ciudad real, conscientes de las desproporciones mencionadas y de la necesidad de dotar a gran parte del pueblo de una solución geopolítica a sus padecimientos sociales. Ya la administración del presidente Alfonsín, cuando impulsó el traslado de la Capital a Viedma, simultáneamente proyectó la creación de la provincia del Río de la Plata. Nuestra propuesta impulsa la creación de una provincia nueva siguiendo la línea del Río de la Plata y el mar.

En primer lugar, la creación de una provincia nueva dotaría a los tres millones de habitantes porteños de un gobierno propio con la misma jerarquía de las demás jurisdicciones integrantes de la federación de Provincias Unidas, resolviendo de una vez y para siempre el conflicto del menoscabo de derechos por la falta de seguridad o suficiente independencia propias. En segundo lugar, completaríamos la organización territorial del país comenzada en 1880. En tercer lugar, haríamos de esta nueva jurisdicción un nuevo polo de desarrollo, con todas las alternativas y posibilidades con que están constituidas nuestras provincias. En cuarto lugar, y por primera vez en la historia nacional, la región estaría recuperando su natural vocación ribereña.

El río

El río ha sido un actor ausente para los habitantes de la ciudad. La estructuración urbana está de espaldas al estuario más grande del mundo. Una provincia cisplatina nos permitirá recuperar la riqueza histórica de un río ignorado que hizo durante décadas a la prosperidad del país. Esta propuesta excede los propios límites de la provincia nueva por la presencia del río como gran puerta de la tierra. Planteamos una forma de desarrollo que se

extiende sobre el eje fluvial en dirección a la ciudad de Rosario y la provincia de Entre Ríos, ya que la tendencia hacia la formación de un continuo urbano en tal dirección es evidente. Este sistema de desarrollo transversal ordena la expansión radial con extensiones continuas ribereñas fuertemente programadas (casos París y Rhin-Ruhr). La dirección Zárate-La Plata en un complejo de desarrollo integrado desde Tigre hasta Quilmes, pasando por la Ciudad de Buenos Aires, sería el motor del progreso de las ciudades ribereñas del norte, avanzando así en la idea ya expresada de una economía regional autointegrada. La tradición portuaria de Buenos Aires y Rosario, en cuyo transcurso se ha desarrollado el volumen más importante de comercio marítimo fluvial en términos económicos, genera la necesidad de reafirmar en el Río de la Plata la consolidación del borde ribereño con vistas a un desarrollo que excede lo económico y permite la generación de áreas de reserva. No puede ocultarse la trascendencia de la actuación fluvial en el desarrollo regional, con reafirmación del rol urbano sobre el corredor costero, que excede la situación de mero puerto: la inserción regional debe ser mayor.

El Gobierno Argentino está comprometido definitivamente en la integración de un mercado comunitario en América del Sur. Buenos Aires participa de un sistema de ciudades impuesto por la realidad del Mercosur. En esto es imprescindible asumir un nuevo rol para que la propuesta integradora sea sustentable. El Mercado Común Europeo creció al conjuro de un esquema integrador de regiones. La Argentina se debe una respuesta territorial para generar un circuito interno de regiones integradas (casos Buenos Aires-Rosario-Entre Ríos) que benefician singularmente a las unidades, y genéricamente a la totalidad enfrentada a un mercado emergente que requiere estos esfuerzos adicionales. El nuevo contexto internacional originado en esta primera década del siglo implica la aparición de nuevas políticas económicas que significan una rearticulación del espacio nacional ya conformado en el nuevo espacio económico mundial que se expresa para nuestro país en el Mercosur, constituyendo de hecho un nuevo sistema de ciudades en el arco que va de Río de Janeiro a Valparaíso, y que incluye a Buenos Aires en su tramo central.

Finalmente, hay que prever una respuesta para uno de los fenómenos geográficos más extraordinarios y que ocurre muy escasamente en todo el mundo. Se trata del crecimiento vertiginoso del Delta. Hay deltas en el mundo que no crecen y deltas que sí lo hacen. La actividad sedimentaria del río ha caracterizado a un delta creciente que va conformando un territorio insular al cabo de los años, ofreciendo

nuevas posibilidades de desarrollo. Al cabo de los muchos años, el estuario va a desaparecer. Y dentro de muy pocas décadas, habrá islas sobre el Río de la Plata visibles desde la capital federal. Este delta que crece no puede ser ignorado como lo fue el Río de la Plata. Todo es urbanizable y sirve para crecer si la voluntad política toma emprendimientos serios. De esta manera, la provincia nueva contará, básicamente, con un territorio urbanizado cercano a lo rural, siguiendo el esquema de la relación entre Buenos Aires y su pampa; un territorio claramente ribereño en sentido transversal; y un territorio insular en crecimiento que debe ser explotado y protegido.

De esta forma concebimos un esquema de desarrollo nuevo. En general, el desarrollo de las provincias fue centrípeta y radial. Esta provincia nueva será centrífuga hacia las redes fluviales y marítimas, y transversal, rescatando por primera vez el corredor fluvial que describimos y que traza una forma de ver el progreso de la región.

Escribió Alberdi en sus *Bases*: “si los legisladores dejaran siempre hablar a los hechos, que son la voz de la providencia y de la historia, habría menos despropósitos y menos pérdida de tiempo”. El emprendimiento que proponemos se inscribe en esta misma línea: que los hechos no se superpongan a nuestras intenciones y luego no sepamos qué hacer con ellos.

Provincia del Plata

Estamos frente a una propuesta que integrará a millones de habitantes. Cuenta con predominio de área urbana consolidada, y hacia sus extremos —sobre el eje San Nicolás-Mar del Plata— de áreas suburbanas. Asimismo, con la boca del estuario de uno de los deltas más importantes del mundo y un extenso litoral ribereño, con desembocaduras del Riachuelo y del Río Reconquista. La nueva provincia contará con este formidable motor fluvial ya descrito, con un puerto propio, aeropuertos, terminales activas de ferrocarriles, una gran terminal de pasajeros de larga y media distancia, un mercado de vacunos, novillos y porcinos, y una población en crecimiento que romperá la quietud de la tasa de la natalidad de la ciudad de Buenos Aires. La previsión de una provincia nueva prevé el crecimiento general de la región que se provincializa.

También la historia muestra la relación entre los factores geográficos que determinan la nueva provincia. Históricamente, esta región fue pensada desde la fundación de Buenos Aires. En efecto, Juan de Garay informó, ante la consigna de fundar un puerto de mar, que había encontrado un sitio de singulares características sobre la margen derecha

del estuario del Río de la Plata, como puerta al sistema de la cuenca del Plata. Hace más de cuatro siglos el fundador caracterizó esta zona como una unidad parte de un sistema: a la altura de Ensenada se ubicaba el puerto de ultramar; en el “Riachuelo de los Navíos”, hoy el Riachuelo, encontró el puerto natural de embarcaciones de mar; el Río Reconquista era el puerto natural de buques fluviales. De esa forma, Buenos Aires era el puerto de trasbordo para el sistema de la cuenca del Plata. El emplazamiento de la Plaza Central (hoy Plaza de Mayo) fue realizado entre ambos ríos mencionados a partir de las cotas de dos riachos menores: al sur, el Zanja de Granados, actual calle Chile, y al norte el Zanjón que actualmente es la calle Viamonte. La Plaza de Mayo es equidistante de ambos. De esta forma la ciudad se adecuaba a su entorno. Nuestra propuesta es una resignificación al emplazamiento natural del área, que desde siempre fue armónico con el sistema geográfico general.

La ciudad

Buenos Aires no fue la primera fundación del actual territorio argentino. En realidad es una de las últimas que se concretó. Santiago del Estero en 1553, Córdoba y Santa Fe en 1573 la precedieron. Pero Buenos Aires, fundada definitivamente en 1580, es el sitio de la cabecera natural de la Cuenca del Plata de 5.000.000 de kilómetros cuadrados, y la culminación de la etapa fundacional del siglo XVI. El puerto fue bautizado como “Santa María de los Buenos Aires” y la Ciudad como “de la Trinidad”. El rol del puerto cabecera del territorio superó al de la ciudad, que para siempre fue conocida con el nombre de aquél: Buenos Aires. Durante la Colonia y la Independencia, la ligazón entre Buenos Aires y el país se hizo cada vez más compleja y contradictoria. Nuestra historia, sus luchas y las guerras civiles que llegan hasta 1880 ilustran esta relación. La Argentina moderna expresó este proceso en su estructura territorial y en la convergencia de sus infraestructuras sobre el puerto; esto se manifestó especialmente en el modo de construcción del Estado Nacional.

Se debe comprender que el sistema regional descrito, tal como se ha estado gestando, incluye a los sectores más dinámicos de la producción y a la mayor parte del intercambio, por lo que seguramente cada una de las ciudades involucradas deberá cumplir un rol diferenciado, aunque no necesariamente preestablecido a escala de un conjunto que comprende a las regiones más beneficiadas por la integración.

Por otra parte, este Sistema Regional de Ciudades deberá seguir cumpliendo con la doble función de vertebrar las relaciones con las regiones que no están

incluidas en el mismo y que pertenecen a los espacios nacionales respectivos. El rol que en definitiva cumplan será el que cada una de estas ciudades sea capaz de asumir en una estrategia propia que incluya a la mayoría de su población y que pueda ser formulado por su dirigencia a través de adecuadas políticas de desarrollo urbano económico y social.

Buenos Aires hacia fin de siglo es la suma de todas las Buenos Aires que han sido y que siguen presentes en ella. María Sáenz Quesada expresaba esto de un modo singular: “para destacar los elementos que Buenos Aires aportó al país —y también los que le quitó— hace falta reconocer la heterogeneidad, la riqueza y también el carácter contradictorio de ese legado, producto tanto de la ciudad puerto como de la campaña y los pueblos bonaerenses en casi cinco siglos de historia. Pero ante todo, ¿de qué Buenos Aires estamos hablando? ¿La más pobre ciudad o la puerta de la tierra? ¿La muy noble y muy leal capital del Virreinato del Plata? ¿La hermana mayor o la gran capital del Sud? ¿La Atenas del Plata o la ciudad punzó? ¿La capital del Estado rebelde de Buenos Aires, la capital argentina o la provincia bonaerense? ¿La Reina del Plata, la megalópolis o la ciudad junto al río inmóvil? ¿La Gran Buenos Aires o esta ciudad-estado de estructura diferente?”

La construcción de Buenos Aires se inicia en el acto de su fundación y trazado en 1580, cuando se formaliza una trama que continuará sin alteraciones hasta el Centenario en 1910 y que actualmente es la de su centro histórico. Esta matriz fundacional heredada de la traza original permanece en la memoria de sus habitantes como referencia histórica, pero también como centro administrativo y comercial de la ciudad. Es precisamente la traza que proponemos conservar intocada como capital de la República. Este espacio originalmente comprendido por la barranca del Río de la Plata y las actuales calles Estados Unidos, Salta-Libertad y Córdoba, que se extendía hasta los actuales Parque Lezama y Plaza San Martín, hoy incluye el denominado macrocentro, el barrio histórico, Retiro y Congreso, dentro del triángulo que forman las tres grandes terminales ferroviarias: Retiro, Once y Constitución. El centro no solamente es un patrimonio reivindicado por los porteños, sino también por el resto de los argentinos. Esto lo convierte en una región particular, utilizada por todos, con programas y problemas muy particularizados y un índice muy alto de actividad económica. Incluye el antiguo casco fundacional, el barrio histórico, las sedes de los tres poderes federales y a sus márgenes las tres terminales ferroviarias. Es la región con menor población residente y en disminución, y que no obstante recibe todos los días 1.000.000 de personas que trabajan y transitan en ella.

Sistemas urbanos generales

La ciudad alberga la sede de los tres poderes del gobierno de la Nación, e incluye un conjunto de funciones que son comunes a toda el área metropolitana, cuya escala y complejidad las excluye del proceso de descentralización por un lado, y por otro representan gravámenes o beneficios para las regiones donde se encuentran radicadas. La sede de los tres poderes del Estado Nacional y su administración central, situados en el centro que este proyecto declara capital, refuerza su definición como identidad particular. Las funciones del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires descentralizables deben ser territorializadas en una unidad provincial balanceada poblacional, económica y urbanísticamente, conservando una unidad central de control de gestión. Esto facilitará que las áreas especiales de propiedad municipal o nacional sin uso actual sean factibles de ser urbanizadas y destacadas como proyectos particulares con responsabilidad de toda la provincia nueva.

La necesidad de mantener la coherencia de la política regional hace que sea imprescindible considerar competencias de una nueva jurisdicción autónoma, descentralizables en municipios y comunas, para prever mecanismos de seguimiento y coordinación de las regiones. Por otra parte, la integración de servicios es un objeto específico de la provincialización. Las estructuras centrales de la Ciudad actualmente funcionan como un sistema de autonomías sectoriales que se ignoran entre ellas. Los nexos de coordinación son insuficientes para garantizar la operatividad a nivel territorial. Es

necesario interrelacionar todo lo que en realidad se produce, de forma conexas. La organización provincial integrada no es más que responder a los hechos reales.

En cuanto a las obras y servicios administrados por el estado municipal y por la Nación, gran cantidad de ellos son de carácter estrictamente local, siendo factible su descentralización en futuros municipios de la nueva provincia. Estos servicios ocupan edificios y parcelas de escala local, que pueden pasar al patrimonio de cada una de ellas. Crear nuevos municipios en los actuales territorios de la Ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense posibilitará crear organismos gubernamentales que tendrán mayor nivel de comunicación, de cooperación y también de crítica mutua con el ciudadano muy superiores al pasado e integrados por políticos y técnicos con representatividad barrial y consustanciados con su problemática.



Universidad Nacional de La Matanza

el camino a la excelencia

www.unlam.edu.ar

La Patria Grande debe zanjar el enfrentamiento entre Venezuela y Colombia

Por Julio Fernández Baraibar

La declaración del presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Chávez, rompiendo relaciones con Colombia, no es un hecho de poca importancia. Por cierto, es de una importancia trascendental, porque pone en el centro de la escena la posibilidad de una guerra fratricida en el marco de un proceso de integración continental que no tiene parangón en la historia, si no nos retrotraemos al día anterior a la batalla de Ayacucho.

La actual República de Colombia, cuya bandera es, con excepción de algunos detalles, igual a la de Venezuela, lleva el nombre que el precursor Francisco Miranda –creador de los colores de dichas enseñas– había propuesto para la gran nación continental por la que pugnaba en sus escritos. Como homenaje al genovés que había integrado este continente al curso de la historia europea, para el caraqueño, prófugo de todos los servicios de inteligencia de las coronas del viejo continente, Colombia era el nombre de América Latina y colombianos sus habitantes.

Cuando el otro caraqueño universal, Simón Bolívar, se lanza a la emancipación de estas tierras, el gran Estado que propone lleva el nombre de Gran Colombia. Todas las regiones, capitanías y gobernaciones que se estructuran en las faldas de los Andes hacia el sur conforman esta extensísima y flamante nación. Es un proyecto gigantesco, por encima de las posibilidades materiales de la época. Pero es por ello que lucha y da su vida el Libertador Bolívar. Las actuales geografías de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia eran parte de su gigantesca nación continental. Desde Córdoba, un cura patriota, el Deán Funes, lo representaba en las Provincias Unidas del Río de la Plata. Paradojas de nuestra lucha por la Independencia: mientras iracundos jacobinos sostenían en el norte del continente el programa radical de Bolívar, en las lejanas tierras platinas un cura, formado en Suárez y Victoria, representa y defiende la política más radical jamás pensada en estas tierras.

Santander, el Rivadavia del norte

Para Bolívar, el viejo reino de Nueva Granada fue el nido de la resistencia más tenaz a su afán unificador. Para sostener la unidad de su Gran Colombia se ve obligado a negociar y ceder frente a la oligarquía bogotana, sus jurisconsultos y sus obispos. El vicepresidente de la Gran Colombia es el representante de esa clase de holgazanes dueños de hacienda: Francisco

de Paula Santander, una especie de Rivadavia tropical, un frío y seco hombre de leyes. Desconfía de los sueños de su superior, Bolívar, y siente como si fuera en su propia carne los costos y presupuestos que tal empresa significa.



Fueron Santander y la oligarquía bogotana el primer Judas de la gesta bolivariana. El nido de la conspiración contra el Libertador era el palacio de gobierno de Bogotá y su acción unificadora se veía permanentemente interrumpida por la necesidad de viajar –por lo menos un mes de travesía– a aquella ciudad capital de la Gran Colombia. Es en Bogotá y por designio de esa misma clase social que sufre el atentado del que lo salva la Libertadora Manuela Sáenz, haciéndolo saltar en paños menores a una acequia para evitar a sus asesinos. Fue esa misma clase social y su representante Santander quienes pusieron fuera de la ley a Manuela Sáenz, cuando el Libertador muere en la finca de Mier.

Chávez, que es uno de los políticos latinoamericanos con mayor conciencia histórica, sabe todo esto. Sabe que la clase dominante colombiana se siente representada por Santander y su antibolivarianismo. Sabe que su proyecto ataca la raíz histórica, ideológica, económica y política de la oligarquía de Colombia, que siempre ha sido hostil a cualquier propuesta de unidad latinoamericana.

Quizás sea su carácter bioceánico –único en Sudamérica–, o la particular naturaleza goda de su clase dominante, o el régimen latifundista con su correlato jurídico, o el hecho de producir cosas tan valiosas como las esmeraldas o la cocaína, o todo ello junto, el hecho es que la Colombia oficial ha sido, a lo largo del siglo XX, uno de los países más conser-

vadores del continente. La OEA se creó en Bogotá, el mismo día que asesinaban al líder liberal popular, Eliécer Gaitán. La revista *Visión* —durante años vocero de las propuestas norteamericanas para la región y donde nuestro Mariano Grondona fue columnista permanente— tenía su sede en Bogotá y sus editores pertenecían a la más rancia oligarquía, la de los Lleras y los Camargo.

La guerrilla colombiana es producto directo de esta brutal hegemonía oligárquica sobre un país de campesinos empobrecidos. El cultivo de la coca y el narcotráfico sobreviniente también.

Esto último requiere un análisis.

La narcoligarquía y la guerrilla

Los grupos vinculados a la producción y comercialización de la cocaína constituyeron una especie de oligarquía “marginal”, de “lumpen” oligarquía, determinada y creada, como la oligarquía tradicional, por el mercado internacional. Si la necesidad de consumo de carne vacuna a bajos precios determinó y permitió el desarrollo de la oligarquía argentina, el mercado norteamericano y europeo de cocaína y las ventajas comparativas de Colombia para cultivarla, fueron la base material de la aparición de esa nueva clase, la burguesía narcotraficante. Hay una novela de García Márquez —*Noticia de un Secuestro*— que refleja con bastante exactitud el odio que la oligarquía tradicional e, incluso, sectores de la clase media ilustrada manifiestan hacia esta nueva oligarquía, a la que Estados Unidos declara ilegal, pero que en Colombia goza de los beneficios de una relativa legalidad garantizada por su enorme poder económico.

Hemos dicho en otras notas que el fenómeno de la guerrilla colombiana es, más que la expresión de un movimiento en ascenso, la manifestación de un callejón sin salida. Tengo la impresión de que la sociedad colombiana de las ciudades —y no sin osadía me atrevo a decir que del campo— está harta de la violencia guerrillera. Las FARC son hoy una herencia inútil de la Guerra Fría. Sin capacidad militar ni política, su mayor problema es cómo replantear su lucha en términos políticos, abandonando paulatinamente el estado de insurgencia. El propio Fidel Castro y hasta Hugo Chávez han tomado nota de esto, expresándose en reiteradas oportunidades sobre la necesaria búsqueda de nuevas formas de lucha que prescindan de la guerrilla armada.

También es cierto, y con experiencias dramáticas y sangrientas, que el sistema oligárquico ha impedido e impide una integración de los insurgentes a la vida política del país. Los asesinatos de los grupos paramilitares oligárquicos a ex guerrilleros y dirigentes políticos que se han presentado a elecciones fue y es un escollo crucial sobre el que las autoridades colom-

bianas no hablan. Los grupos paramilitares, vinculados notoriamente a los terratenientes, con estrechas relaciones con el gobierno y las Fuerzas Armadas, continúan operando en todo el campo colombiano.

Uribe y Santos

Por otra parte, el actual presidente Uribe pretendía ser reelecto. La resistencia a ello, y la aparición de su ex ministro de Defensa como candidato presidencial, no son hechos gratuitos.

Uribe no pertenece al grupo oligárquico tradicional. Oriundo de la provincia de Antioquia, es un “paisa”, un miembro de un sector marginal de la oligarquía colombiana. El núcleo tradicional de la oligarquía tiene sus raíces en la provincia de Cundinamarca y su sede está en Bogotá. No se puede descartar que sea este hecho el que explique las denuncias sobre relaciones con distintos sectores del narcotráfico, tanto por parte de la prensa como de sectores políticos del partido gobernante y de la oposición.

Lo que sí es un dato corroborado por la prensa colombiana es que su imposibilidad de presentarse a elecciones y el resultante triunfo de Santos no le resultó grato al presidente Álvaro Uribe. En la lógica de la política colombiana, éste sabe que la presidencia de Santos puede serle de riesgo. Pueden aparecer juicios contra él. Pueden reabrirse juicios por sus vinculaciones con el narcotráfico. Puede haber una revisión de todo lo actuado durante su período.

Muchos sectores colombianos especulan que ha sido esto lo que llevó a Uribe a denunciar una muy hipotética y difícilmente probable presencia de guerrilleros de la FARC en territorio venezolano. Hay gran coincidencia en que su intento fue dejar un caballo de Troya a su sucesor, quien ya había manifestado su deseo de invitar a Hugo Chávez y a Rafael Correa a las ceremonias de asunción.

Hay de hecho una integración económica —no virtuosa, pero integración al fin— entre Colombia y Venezuela. Las relaciones comerciales entre los dos países son de una gran intensidad. El petróleo y su exportación han generado en Venezuela el llamado “efecto Holanda”, es decir la fantasía de producir una mercadería que compra todas las otras y la ilusión de no tener necesidad de producirlas, y las iniciativas del gobierno no han logrado revertir este fenómeno. Colombia abastece a Venezuela de industrial, zapatos y alimentos, entre otros productos. La frontera entre ambos países es un prodigioso ir y venir de mercaderías, del que Colombia tiene necesidad, en mayor medida quizá que Venezuela, cuyo petróleo le permitiría comprar esos productos en cualquier parte.

El problema es que en Colombia hay una enorme cantidad de tropas norteamericanas y que el país es el principal aliado de los Estados Unidos en la región. Uribe es un político al que no se puede despreciar. Es hábil, inteligente e inescrupuloso. Es la principal ficha del Departamento de Estado en la región. Y esto es lo que vuelve todo este conflicto en algo tan peligroso.



Una ruptura de relaciones con un país limítrofe implica necesariamente un fortalecimiento militar de las fronteras, desplazamiento de tropas y una preparación para la guerra. Los argentinos lo vivimos, en los 80, con la disputa con Chile. Una cosa trae la otra y la posibilidad de una guerra deja de ser una fantasía para convertirse en una realidad ominosa.

Aquí es donde hay que jugar al máximo las instancias regionales que hemos podido construir en estos años. El presidente Lula de Brasil se ha ofrecido como mediador. El Unasur y su secretario general Néstor Kirchner tienen la oportunidad de poner a prueba al organismo. Coincidimos con las declaraciones de Kirchner que hemos podido ver en la televisión: hay que hablar con el próximo presidente de Colombia. Quien hoy ejerce la presidencia tiene un reemplazante al que no puede, so pena de ser considerado un asesino de la unidad continental y un vulgar provocador, dejarle una guerra como herencia.

Pero también es necesario tener una cabeza fresca y un corazón ardiente. El presidente Chávez, en la conferencia de prensa, dijo algo estratégico: “podemos coexistir gobiernos de derecha y de izquierda en nuestra Patria Grande”. Eso es lo que venimos sosteniendo desde hace tiempo, y escucharlo de boca de Chávez no hace sino ratificar este concepto. En toda guerra entre dos países de la Patria Grande el resultado no puede ser otro que la derrota de ambos y el estallido del proceso integracionista.

Fragmento de un discurso de 1949 de Ramón Carrillo a ingresantes de la Facultad de Medicina:

“Este es el momento de la vida de ustedes en que puedo hablarles. Dentro de poco, dentro de un año o dos, serán ya ustedes alumnos adelantados de la Facultad de Medicina y, desde ese instante, sufrirán un proceso de embrutecimiento insospechado. Ahora son ustedes jóvenes inteligentes, jóvenes que comprenden cualquier enunciado. (...) Son capaces de enunciar y comprender ideas generales; son capaces de emocionarse ante una obra de arte, leyendo un poema de Schiller, escuchando una página de Beethoven, admirando un cuadro de Fader. Son capaces de ello, porque están en lo mejor de la vida. Discúlpenme que ponga un poco de acíbar temprano en la miel de hoy. Siento decirles que aquello a lo que ustedes aspiran, aquello que ustedes desean lograr con este Curso de ingreso a la Universidad es, ni más ni menos, que prepararse para ingresar en la barbarie. No, no me aplaudan. Ustedes lo hacen por instinto, por secreta rebelión contra lo estatuido y formal. Yo digo barbarie, desde otro punto de vista, desde otro enfoque mental. Están ustedes preparándose para cosas tremendas, y también para olvidar lo que acabo de decirles. Están preparados para aprender anatomía minuciosamente, músculo por músculo; para comenzar a seguir citología, célula por célula y tejido por tejido; para estudiar semiología, para empezar a aprender todas las infinitas eventualidades de una enfermedad y para saber cómo curarla.

Dentro de seis años estarán tan torpes para los vuelos abstractos del espíritu que será imposible hablar con ustedes. Salvo que partan de una base cierta, a la que ya me referiré, cuando se reciban de médicos sólo sabrán cómo se diagnostica una enfermedad, o cómo indicar un tratamiento, pero habrán perdido la noción del mundo y también la noción del hombre. Aunque parezca paradójal, sólo sabrán cosas profesionales. Habrán dejado a un lado las emociones, por baldías; habrán olvidado las grandes ideas filosóficas y todo lo que hay de poesía, de belleza y de espíritu; todo, en fin, lo que hace grande al ser humano”.

Partidos políticos y elecciones en Venezuela y Colombia

Por Erika Amoedo G.

El año 1958 marca el inicio en Venezuela de un periodo importante de consolidación democrática con la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez, forzada por una vasta alianza de oposición que incluyó a los principales partidos políticos –Acción Democrática (AD) y el Comité de Organización Política Electoral Independiente, mejor conocido por su sigla: COPEI–, así como a sectores sindicales, empresariales y militares. COPEI y AD se alternaron en el poder durante décadas, y aunque prácticamente en 1993 el bipartidismo había casi desaparecido, aún quedaban figuras de la tradicional política venezolana. Ambos partidos políticos, al igual que el resto de las organizaciones políticas, sufrieron varias escisiones, lo cual ha sido un modelo predominante en el sistema de partidos de ese país. Se llegó a contabilizar, de acuerdo con cifras del Consejo Nacional Electoral en el año 2007, a un total de 103 partidos políticos de carácter nacional.

Un caso ilustrativo de las divisiones al interior de los partidos es el de AD, que desde su fundación se ha fraccionado en diez ocasiones. La primera se origina en 1960, cuando el ala más a la izquierda es expulsada y forma lo que fue el Movimiento Izquierda Revolucionaria (MIR); dos años más tarde se origina otra división y se crea el Partido Revolucionario de Integración Nacionalista (PRIN); posteriormente se produce otra escisión que origina el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP), pasando por un periodo de estabilidad que se rompe casi a finales de los noventa, cuando comienzan nuevas fragmentaciones, la última y más reciente fue en 2008, que dio origen a Plataforma de Encuentro Social. Varias de las organizaciones surgidas de las distintas escisiones de los partidos se han ido disolviendo al no lograr obtener el 1% de los votos en elecciones nacionales, o se han aliado con otras para no desaparecer del escenario político.

El cimentado modelo partidista venezolano se derrumba a partir de 1998, al ganar las elecciones presidenciales Hugo Chávez con su agrupación política Movimiento V República, que integraba la coalición denominada Polo Patriótico, junto con otros partidos de izquierda entre los que se

encontraba el Movimiento al Socialismo (MAS) –fundado a partir de una escisión del Partido Comunista en 1971–, el MEP y Patria para Todos –surgido de la división de La Causa Radical en 1997, que a su vez nace en 1971 de la división del Partido Comunista–, entre otros.

El Movimiento V República se convirtió prácticamente en el partido más grande de Venezuela y para el año 2006 ya había alcanzado casi el 42% de los votos en el nivel nacional. Al igual que el resto de los partidos políticos venezolanos, también sufrió divisiones de las que surgió Solidaridad, conformada por parlamentarios que se opusieron a una ley aprobada por la Asamblea Nacional que le otorgó al presidente Chávez poderes para legislar por año y medio en diversos ámbitos. Fue un partido de escasa representatividad y varios de sus militantes se pasaron a otras agrupaciones políticas opositoras.

El Movimiento V República fue disuelto para conformar en 2007 el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), con la fusión de varios partidos políticos pro-chavistas como el MEP, el Movimiento Independiente Ganamos Todos, Unidad Popular Venezolana, la Liga Socialista y otros de carácter regional. Algunas organizaciones políticas de izquierda que habían apoyado a Chávez y a su proyecto de Revolución Bolivariana –como Patria para Todos (PPT) y el Comunista de Venezuela (PCV)– decidieron no disolverse y continuar como partidos independientes, pero aceptando respaldar al mandatario. Por su parte, la dirigencia del partido por la Democracia Social (PODEMOS) –otro de los aliados del mandatario venezolano– rechazó su inclusión al PSUV, lo que provocó la renuncia de varios de sus dirigentes y militantes, que se incorporaron al nuevo partido. Es habitual en el escenario político venezolano, al igual que en varios países latinoamericanos, el cambio de partido de algunos políticos que transitan de una organización a otra.

Como organización gestante, el PSUV sufrió su primer derrota en el referéndum constitucional de 2007, cuando la opción que respaldaba a favor del SI, obtuvo el 49% de la votación, contra el 51% por el No apoyado por la oposición venezolana.

Sin embargo, un año más tarde el PSUV obtuvo la victoria en 17 de 22 estados en disputa (77% de las gobernaciones) y 265 alcaldías, lo que lo convirtió en el partido más votado en el nivel nacional —superando incluso a AD y COPEI en sus mejores tiempos. Pero también a partir de ese momento comienza a sufrir sus primeras escisiones, con la expulsión de algunos diputados de la Asamblea Nacional que deciden conformar el Nuevo Camino Revolucionario, que basa su ideología, al igual que el PSUV, en el antiimperialismo y el socialismo.

Es común desde 1998 que en procesos electorales se agrupen dos coaliciones. Una apoya al mandatario Hugo Chávez, la otra aglutina a los partidos opositores, en la que convergen organizaciones políticas de tendencias ideológicas heterogéneas, que van desde la izquierda hasta la derecha, como socialdemócratas, demócrata cristianos, liberal-conservadores y centro-derecha. Los intentos de fusión de esta variedad de agrupaciones han transitado por etapas como fue la Coordinadora Democrática, que sólo sobrevivió dos años (2002-2004). Ahora, a través de la Mesa de Unidad Democrática, toda la oposición venezolana, con sus diferencias ideológicas e internas, se encamina a enfrentar las elecciones legislativas del próximo mes de septiembre e intentarán vencer al gobernante PSUV presentando candidaturas unitarias para cada uno de los cargos que se disputan, con una agenda legislativa y un programa de gobierno denominado Cien Medidas.

Dentro de este panorama de aglutinación de fuerzas pro-chavistas y anti-chavistas que se enfrentarán en los comicios legislativos, ha surgido otra alternativa que es la de Patria para Todos, que se separó del PSUV recientemente, a raíz de haber aceptado la incorporación en sus filas de figuras como la del gobernador de Lara, Henri Falcón, quien desde el 2008 mostró posiciones divergentes con el mandatario venezolano y el partido gobernante. El PPT al parecer busca mantenerse como una tercera posición, lo cual podría afectar principalmente al PSUV, que requiere al menos de dos tercios de los 165 escaños en disputa para que el proyecto socialista del presidente Chávez no sea frenado.

El PSUV cuenta en la actualidad con la mayoría absoluta en la Asamblea Nacional y los resultados electorales son hoy una incógnita que se encuentra enmarcada en un panorama totalmente diferente a las elecciones legislativas del 2005, en donde la oposición venezolana llevó a cabo un boicot al retirar o no presentar candidatos, aduciendo falta de

garantías por parte del máximo órgano electoral, posición que más tarde fue calificada por sus propios dirigentes como “un grave error político”.

En cuanto a las elecciones en Colombia, las grandes derrotadas en la primera vuelta fueron las encuestas y las redes sociales como Facebook. Los vaticinios sobre un eventual empate entre el candidato del oficialista Partido Social de Unidad Nacional —conocido como Partido de la U— Juan Manuel Santos y el controvertido Antanas Mockus del Partido Verde se derrumbaron. Lo único acertado fue que ambos contendrían en una segunda vuelta electoral.

Mockus, un ex rector universitario y dos veces alcalde de Bogotá, atrajo la atención internacional los dos últimos meses de la campaña electoral, cuando las apuestas de los analistas oscilaban entre Santos y Noemí Sanín, del Partido Conservador. El meteórico ascenso de Mockus en las encuestas fue atribuido a las redes sociales, donde alcanzó 700.000 “amigos” inscritos en su página de Internet, llegando inclusive a la lista de los diez políticos más populares de la red en el mundo, por lo que muchos colombianos no dudaron en llamarlo “el primer presidente de la era Facebook”. El candidato de la Ola Verde y su equipo sobredimensionaron el impacto de las redes sociales y tal vez creyeron que repetirían el mismo fenómeno de Barack Obama, quien se apoyó en estas herramientas de comunicación y transmisión social para impulsar su campaña. La diferencia, al parecer, es que Obama fue creando a partir de estas redes un listado de personas que posteriormente contactó para atraer el voto, y Mockus consideró que el simple hecho de contar con miles de seguidores en las redes sociales le garantizarían el triunfo, sin advertir que las campañas políticas tradicionales, con mítines y movilizaciones con personas reales, el contacto personal del candidato con los consabidos abrazos y apretones de mano, siguen siendo irremplazables.

Santos, a diferencia del candidato verde, apenas juntó en la red de Internet poco más de 30.000 personas, y ante el acelerado crecimiento de Mockus rectificó el rumbo de su campaña para recuperar la intención de voto de las clases medias y altas de las ciudades que comenzaron a identificarse con la Ola Verde. Cuando en marzo de este año la Corte Constitucional impidió competir por un tercer mandato al presidente Álvaro Uribe, Santos estaba listo para ser ungido candidato del oficialista Partido de la U, organización política creada por Uribe y con la que sumó ocho años en

el poder. La U es asociada por los colombianos con el apellido del mandatario (Uribe) más que con la palabra Unidad, por lo que Santos volvió casi invisible en su publicidad de campaña al partido que representaba, como una forma simbólica de tomar distancia del mandatario y emprender su camino imprimiéndole su marca propia. Finalmente tuvo que cambiar su estrategia para recuperar su capital político y enviar el mensaje de que sería el continuador más confiable de los propósitos y las políticas del gobierno de Uribe.

El transcurso del proceso electoral colombiano estuvo plagado de sorpresas. Desde el año pasado se apostó a que Uribe lograría sacar adelante otra reelección; los sondeos preelectorales le daban el triunfo, pero la Corte Constitucional truncó sus intenciones para un tercer mandato. Posteriormente, las diferentes empresas encuestadoras pronosticaron resultados alejados de la realidad. Sin mayores vaticinios y con simples cálculos matemáticos, la segunda vuelta electoral presidencial la tuvo ganada Santos con el apoyo del Partido Conservador, un amplio sector del Partido Liberal –ambos partidos tradicionales colombianos– y Cambio Radical. Pero aun sin el apoyo de estas organizaciones políticas, Santos ya no requería la mayoría absoluta de la votación, le bastaba con obtener un voto más que Mockus, y la ventaja que le llevaba en la primera vuelta era de 3,5 millones.

Mockus, por su parte, quedó atrapado en un juego riesgoso al apostar únicamente por el abstencionismo, que alcanzó el 50,7%, y cancelar cualquier acuerdo partidista. Ignoró que la esencia de las segundas vueltas electorales es hacer alianzas, y en su tradicional estilo de político atípico, mezcla de filósofo, profeta y predicador, rechazó el ofrecimiento del Polo Democrático, argumentando que aliarse desdibujaría las identidades de ambos partidos y que el Partido Verde no quería ser identificado con la izquierda, sino conservar su posición de centro. El Partido Verde, a diferencia de sus pares europeos, no esgrime el ambientalismo como su principal estandarte, sino que da prioridad a otros temas, como el combate a la corrupción, la transparencia en el manejo de los recursos públicos y la revalorización de los principios de la democracia, aspectos en los que Mockus se sustentó para aparecer como una alternativa a los partidos y políticos tradicionales. Encontró en los jóvenes apáticos y desinteresados por la política a sus más fieles seguidores, pero los errores estratégicos de su campaña lo hicieron perder en las urnas, en un afán de reemplazar lo que llamó

las “prácticas clientelistas de la política tradicional” construida a partir de la ficción mediática, aunado a sus declaraciones sobre su ateísmo y a que podría extraditar al presidente Uribe. De cualquier modo, habría que reconocerle el mérito de haber pasado a segunda vuelta, lo que en cierta forma podría calificarse como una proeza.

Santos, presidente electo en balotaje con el 69% de la votación, fue el ministro de Defensa que logró un verdadero poder sobre los militares, pese a ser un civil, y representa en el imaginario colectivo lo mejor de la Seguridad Democrática del mandatario Uribe, política que plantea un papel más activo de la sociedad dentro de la lucha del Estado y sus órganos de seguridad frente a las organizaciones insurgentes y grupos armados ilegales, a través de redes de cooperantes, el ofrecimiento de recompensas a informantes y el estímulo de desertiones dentro de los grupos armados ilegales, entre otros. El próximo presidente colombiano coronó su gestión en el Ministerio de Defensa con dos acciones militares en 2008: la *Operación Fénix*, en marzo, que eliminó a Raúl Reyes, número dos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en un campamento ubicado a unos kilómetros de la línea fronteriza en territorio ecuatoriano; y la *Operación Jaque*, en agosto, maniobra urdida para burlar a las FARC y liberar a 15 secuestrados, entre ellos a la ex candidata presidencial Ingrid Betancourt y tres asesores antidrogas estadounidenses. Sobre esta última acción militar se ciernen dudas y se especula fue una concertación con los guerrilleros a cargo de los secuestrados, a cambio de una elevada suma de dinero.

Juan Manuel Santos iniciará su gestión con un Congreso mayoritario con la adhesión de los conservadores –sus principales aliados en los últimos años– y los radicales, a los que invitó a hacer alianzas para conformar el Frente Nacional. De este modo, no sólo garantizará una mayor gobernabilidad, sino que reduce a la oposición y es factible la idea de que en unos años más busque su reelección.

Karina Ramacciotti

La política sanitaria del peronismo

Buenos Aires, Biblos, 2009, 187 páginas



Va mal encaminado quien suponga que en un libro con este título encontrará un análisis sobre los objetivos, las principales acciones o los resultados de la política sanitaria del peronismo. El libro sólo examina negativamente algunas de las acciones llevadas adelante por Ramón Carrillo como ministro de Salud Pública de la Nación entre 1946 y 1954. No se incluyen prácticamente referencias sobre el papel de otros organismos nacionales con incidencia en la salud pública –sólo se menciona muy rápidamente a la Fundación Eva Perón–, ni mucho menos la acción de gobiernos provinciales o sindicatos. Tal vez la confusión provenga de algún cambio marketinero de último momento, porque en las páginas del interior del libro figura como título “La salud pública del peronismo”, que ya de por sí es inadecuado, pero al menos habría sido más cercano al contenido. Extraño es que, manteniendo este sesgo, la propia autora reconozca en el epílogo que “existieron otros actores que intervinieron en el proceso, y es precisamente esta complejidad la que signó el sistema sanitario argentino”.

Con respecto a los resultados, es curioso que el libro prácticamente no los mencione. Si por algo aquel gobierno peronista se caracterizaba, era por publicar miles de folletos vanagloriándose de sus logros. Además, existen estimaciones acerca de indicadores tales como la esperanza de vida al nacer o la tasa de mortalidad infantil como mínimo desde principios del siglo XX. Por ejemplo, Ramacciotti no menciona que entre 1945 y 1955 la tasa de mortalidad infantil disminuyó en un 25% y que en los siguientes 10 años sólo lo hizo en un 8%. Tampoco analiza los resultados de algunas campañas consideradas indudablemente exitosas, como la antipalúdica.

Sería imposible reseñar en pocas páginas la enorme cantidad de comentarios muy poco felices que el libro de Ramacciotti contiene. Voy a centrarme en principio en tres ejemplos, para que sirvan de muestra, pero créanme que no son los únicos razonamientos desafortunados.

El libro sí menciona resultados cuando describe someramente las caravanas sanitarias, el Tren Sanitario y las campañas de divulgación sanitaria y de vacunación y saneamiento de viviendas en el interior

del país. La autora se pregunta si “estas estrategias colaboraron para lograr un mayor bienestar sanitario en las poblaciones alejadas de los grandes centros urbanos”. Cita entonces un estudio de Ricardo Salvatore, “quien utiliza las herramientas de la historia antropométrica” que permitirían a la autora sostener que “las mejoras en los servicios sanitarios contribuyeron a homogeneizar la región del NOA con el resto del país en términos de salud y nutrición”. Más allá de la confusión que genera el término “servicios sanitarios” en el marco de una referencia a las campañas arriba mencionadas, Ramacciotti termina en el mismo párrafo dudando de ese aporte que ella misma introdujo, reconociendo que “tal vez habría que ahondar respecto de si la altura de las personas puede ser utilizada como un indicador *exclusivo* del bienestar humano”. Destaco lo de “exclusivo”, porque incluso en el Ministerio de Salud hay datos de mortalidad infantil por provincia desde 1944. Lo que no dice Ramacciotti es que la “herramienta” de Salvatore no es la talla de niños, sino la de conscriptos y presos, que además excluye casi por principio a las mujeres (lo menciono porque la autora ha publicado varios “estudios de género”). Resulta excesivamente optimista imaginar que el paso de una caravana o un tren sanitario pudo influir mucho en la talla de los conscriptos, aunque bien se nos podría retrucar que los nacidos en los años peronistas luego por orgullo se paraban más derechos...

Otro aspecto notable del libro es que dedica un capítulo entero a difamar a Ramón Carrillo, describiendo aspectos supuestamente cuestionables de su carrera profesional antes de ser nombrado como primer secretario (y luego ministro) de Salud Pública de la Nación. Recordemos algunos antecedentes al respecto. En agosto de 2007 el diario *La Nación* –y posteriormente también lo hizo *Clarín*– publicó una nota de Rodolfo Barros que acusaba a Carrillo de

haber levantado hospitales para “depurar la raza”. El texto de la nota y la respuesta del entonces ministro Ginés González García pueden consultarse en el número 25 de *Reseñas y Debates*. En *La Nación* se citaban palabras de la misma Karina Ramacciotti —especialmente a partir de un análisis que hizo de un artículo de Carrillo del año 1929, *Un punto de vista: el de Keyserling ante la vida*—, y se menciona la supuesta adscripción de Carrillo al “darwinismo social”. Ahora en su libro Ramacciotti vuelve a la carga, afirmando que en ese artículo Carrillo “agregó que ‘el estadio anterior al del descenso del espíritu’ sería el período representado por el último gobierno del presidente radical Hipólito Yrigoyen. Según su análisis, los problemas que atravesaban la sociedad y a la política argentinas —agudizados, aun más, por una dirigencia que había caído en el descrédito— conducirían inevitablemente a una revolución que sería la encargada de encontrar en la historia preliberal y preinmigratoria la clave del futuro. Carrillo también apelaba a rescatar ‘la verdadera cultura argentina’, basada en ‘la tradición y en los valores gauchescos’. En la historia nacional existía una ‘esencia’ que debía ser redescubierta y restablecida. Es decir, el gaucho era puesto en el centro de la escena como el tipo social más representativo de la nacionalidad y, usando los términos de Keyserling, el que vendría a representar las ‘fuerzas germinales’ que convertirían al país en el ‘más rico del porvenir’”. El artículo, dice Ramacciotti, “tuvo difusión dentro del ámbito académico, dado que fue comentado en la cátedra de Filosofía del Derecho en la Universidad de Rosario, cuyo profesor era un ferviente admirador de la revolución nacionalsocialista alemana: el doctor Alberto Baldrich”. Recordemos de paso que esa “revolución” en realidad recién empezó cuatro años más tarde. Sigue Ramacciotti: “la tesis de Carrillo, compartida por un amplio arco político opositor y signo de una época, giraba en torno a la idea de que los gobiernos radicales habían mancillado la Constitución y que, por lo tanto, era necesaria una restauración. Esas declaraciones, teñidas de un marcado sesgo antiliberal y autoritario, apuntaban a que una revolución moralizadora lograra reconstruir los supuestos valores que permanecían latentes en la sociedad para así dar luz a una nación poderosa e independiente. La preservación de la tradición hispánica, católica y criolla se convertía en salvaguarda de la identidad argentina. Así pues, había dos soluciones posibles: la apelación a la vía institucional o la intervención militar inspirada en ejemplos europeos”.

Más allá de que no parece relevante revisar un texto publicado a los 23 años de edad de quien luego sería ministro, la referencia a Baldrich es incalificable. Dios nos salve de que nuestros escritos sean comentados por

alguien que más tarde tenga una posición censurable... Pero eso no es todo. Tengo en mis manos el original del artículo mencionado: está en el número 234 de la Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de *Medicina*. El texto del artículo es el mismo que incluyó en un capítulo de *Contribuciones al conocimiento sanitario* el propio Carrillo, ya siendo ministro en 1951, y que Eudeba reeditó en 1974. Lo sorprendente es cuán lejos está este artículo de las ideas “autoritarias” que Ramacciotti le adjudica. En primer lugar, si en algún momento Carrillo menciona el darwinismo “trasplantado a la política” es para criticarlo expresamente: lo califica como “una exageración de erróneos caminos”.

En segundo lugar, en el artículo no se alude sólo al gaucho, sino también al “hombre de la antigua cultura porteña, también desinteresado, cordial, amable”, y no habla de restauración, sino de “salvar esta herencia cultural”—percibo que hay una diferencia notable entre restablecer una esencia y salvar una herencia cultural—, e insisto, no sólo nombra al gaucho, “último ejemplar del caballero andante”, sino también al porteño, algo que Ramacciotti omite, tal vez porque contradiría su hipótesis acerca de que Carrillo afirmaba la superioridad racial del gaucho. Parece broma, ¿no?

Tercero, Carrillo sí critica a “las clases directoras”, pero es forzar muchísimo el texto suponer que se refiere sólo a Don Hipólito o al radicalismo, amén de los numerosos testimonios que señalan su temprana afinidad con la UCR. No menciona Carrillo la constitución nacional ni hace alusión a ninguna “intervención militar” ni a nada parecido, y sí señala una “imperceptible, pero formidable revolución que se opera en nuestro país”. Sin embargo, en este caso se está refiriendo en términos indudablemente negativos a una “revolución” cultural y no a una revolución política (ver el fragmento del recuadro), más allá de que cuesta figurarse que un año antes pudiera anticipar —y por escrito— el primer golpe de Estado de nuestra historia.

Pero lo más llamativo es que no existen en el texto del artículo las palabras que Ramacciotti pone entre comillas, supuestamente por ser textuales (a menos que tenga por costumbre poner entre comillas los términos que no llegan a expresar cabalmente una idea, como hace una amiga mía mientras habla, acompañando las expresiones imprecisas con el gesto de escribir las comillas encogiendo dos dedos de cada mano): ni se menciona un “estadio anterior al del descenso del espíritu”, ni una “verdadera cultura argentina”, ni “tradición”, ni “fuerzas germinales”. Ninguna de esas palabras figura en el texto de Ramón Carrillo citado por Ramacciotti. Tratándose de un libro que desacredita a quien ha sido públicamente enaltecido por el Estado Argentino, el incidente no

puede dejar de resultar alarmante. El propio diario *La Nación* también debería preocuparse por el hecho de que varias de estas expresiones figuran entre comillas en el texto por ellos publicado.

Otra joyita: luego de mencionar que en el viaje de formación que hizo a Europa entre 1930 y 1933 pasó unos meses en Berlín, Ramacciotti agrega que “resulta imposible separar la formación científica de Carrillo del contexto político europeo, signado por las consecuencias de la gran crisis de 1929, la llegada al poder del fascismo y el nazismo”. Ya la ambigüedad de la frase es toda una declaración sobre las intenciones de la autora. Además, Carrillo estuvo mucho menos tiempo en Alemania que en Holanda y Francia, donde gobernaban los socialcristianos y la izquierda. Usando la misma lógica rústica, alguien podría afirmar exactamente lo opuesto que insinúa la sutil historiadora. La palabra “nazi” es luego aplicada en persona a Carrillo en otra fuente documental citada por Ramacciotti en su libro: en las declaraciones de un delegado estudiantil en 1945, cuando Carrillo fue decano interino de su Facultad. La cita va desnuda, sin los agregados que Ramacciotti suele introducir para poner en duda su veracidad cuando la fuente es un peronista. Imagino el resultado si este método se difundiera y se comenzara a documentar la ideología de las autoridades universitarias a partir de las declaraciones de delegados estudiantiles...

La técnica que usa Ramacciotti es siempre la misma: no transcribir frases de funcionarios peronistas sin ponerlas en duda, e inmediatamente después citar extensamente argumentos de quienes se oponían al gobierno —el diario *La Prensa*, en especial—, pero en este caso sin la más mínima crítica, cuando en muchos casos la animosidad, la exageración o la incoherencia son más que evidentes. El precepto es claro: por principio, todo lo que un peronista dice habilita la sospecha y debe ser tomado con beneficio de inventario o como confesión de parte, pero los antiperonistas son invariablemente gente sincera, informada y desinteresada.

Pido se me exima de la carga de comentar el resto del libro. Tengo por costumbre leer aun a autores cuyas opiniones no comparto, incluso cuando ni siquiera demuestran ser mínimamente inteligentes. Pero en este caso, además, fue penosa la lectura de tanta metódica hostilidad disfrazada de investigación.

Karina Ramacciotti fue becada por la UBA “para desarrollar la investigación sobre las políticas sanitarias del peronismo”, es investigadora adjunta del CONICET y profesora de Historia de la Medicina en la UBA, además de participar en proyectos de “investigación” financiados por el Estado Argentino.

Mariano Fontela

“Estamos, por otra parte, según Keyserling en plena crisis de transformación. En efecto: la antigua manera de ser de la Argentina desaparece. En su tiempo produjo dos tipos perfectos: el gaucho, último ejemplar del caballero andante, desinteresado, noble, magnífico en su género, necesariamente pobre y que a causa de su desinterés tiene que ser aventado por el tipo del hombre interesado y codicioso, característico de nuestra época. El otro tipo —Keyserling ha conocido algunos— es el hombre de la antigua cultura porteña, también desinteresado, cordial, amable, que supo realizar un ejemplar humano, aliando las calidades puramente naturales a un gran refinamiento de educación. En virtud de la imperceptible, pero formidable revolución que se opera en nuestro país, estos dos tipos desaparecerán definitivamente para perjuicio nuestro. Las clases directoras están, por consiguiente, en la obligación de salvar esta herencia cultural. Pero, por desgracia, hay en estas clases una inmensa timidez interior, una tendencia por encerrarse, por retirarse de la lucha. El hecho de que la Argentina se ha retirado de la Liga de las Naciones y la expresión tan típica entre nosotros, cuando damos un consejo: ‘no te metás’, son sintomáticos de un miedo morboso a ponerse en ridículo, sin tener en cuenta que los grandes pueblos como los grandes hombres jamás lo tuvieron. Don Quijote no tenía miedo al ridículo. Los ingleses nunca lo tuvieron y por eso hicieron una gran obra en el mundo. La aristocracia europea tenía un lema: ‘noblesse oblige’. —¿Obliga a qué? Pues a meterse, a no quedar retraído, se tiene el deber moral de hacerlo. Nuestros dos grandes defectos son: tristeza y la timidez, la de las cuales aún se puede sacar partido para la construcción de la venidera cultura argentina”.

Ramón Carrillo

“Un punto de vista, el de Keyserling ante la vida”.
En Revista del Centro Médico Argentino y Centro de
Estudiantes de Medicina,
Buenos Aires, número 234, junio de 1929

Jorge Coscia

La Esperanza sitiada Debates político-culturales en tiempos del Bicentenario

Buenos Aires, Colihue, 2009, 168 páginas



El libro es resultado de una recopilación de escritos y polémicas que fueron publicados a partir de lo que el autor denomina “el momento de pleno apogeo de la *esperanza* generada por las políticas del gobierno de Néstor Kirchner”, allá por el 2005.

Al comienzo del libro se bosqueja una interpretación del peronismo y el destino comunitario en sintonía con los pensadores de la izquierda autodefinida como nacional. La misma fue producto de una curiosa imbricación, con no poca tensión, de dos tradiciones como el marxismo y el nacionalismo que, aunque contradictorias, dieron fruto a posiciones heterodoxas e inventivas del pensar donde se da una fuerte implicación de la política y la cultura para nada desdeñable. Arribar a una comprensión acabada del peronismo, para esta clave de lectura, sería considerarlo una revolución; una *revolución nacional*, cuya finalidad histórica era la construcción de un proyecto nacional soberano, con equidad social y justicia. En esta lógica de pensamiento, toda revolución genera su frente contrarrevolucionario, *locus* habitado por los antiperonistas cuyo destino se afirma en ser reaccionarios o no ser, y cuya existencia se destacó por *sitiar las esperanzas* de los gobiernos populares. Por lo tanto, la fuerza de una revolución, el eterno retorno del peronismo, se explicaría por su carácter trunco, por lo que tiene de no realizado como revolución en sus fines.

Sin embargo, las formas de una revolución son siempre inquietantes para el autor. Si Buenos Aires continúa siendo una ciudad cipaya y fantasea con soluciones de salvarse sola aunque se hunda el resto del país, a pesar de que perdió parte de su perfil social con predominio de clases medias y altas; si no se habla de “cabecitas” pero sí de “villero” o “negro”; y en suma, si es un insulto que Moyano denomine “gorda” a Carrió en un medio público, pero sí puede hablarse de los “gordos” cuando se refiere a sectores del sindicalismo; el fenómeno ya no sólo es político sino también cultural. Civilización o barbarie asedia una vez más.

En este sentido, uno de los ejes del escrito se sitúa en efectuar una crítica a los análisis de coyuntura de ciertos analistas políticos que restan importancia a la historia para el tratamiento político y comuni-

cacional de episodios recientes. Gesto revisionista, muy de la mano del colorado Ramos, que pretende la denuncia de los intentos sistemáticos de frenar los gobiernos populares y una pedagogía de memorias marginales, ausentes en los relatos hegemónicos de la historia que permiten volver a viejas interpretaciones para entender lo nuevo, lo que nos acontece. Como lo caracteriza la contratapa del libro, con un estilo de hacha y tiza.

Más que una historia política, una “política de la historia” sería la propuesta del autor, donde en tiempos del Bicentenario la cultura se politiza al calor de los debates generados por la distribución de la riqueza. El ataque de los medios al prestigio del gobierno tendría antecedentes en las embestidas de la prensa contra el gobierno del peludo. La crisis energética sería una creación de falsos predicadores, como había sido anunciado por Jauretche. Los disidentes de hoy nada distan de los genuflexos de ayer. La extorsión rural durante el conflicto con “el agro” se vincula con la historia de nuestro país dependiente, contada con olor a bosta y sangre, donde el lastre de la estructura agroexportadora lleva a que las vacas se hayan comido a los hombres en cualquier intento de estos últimos de querer modificar los ejes del sistema productivo.

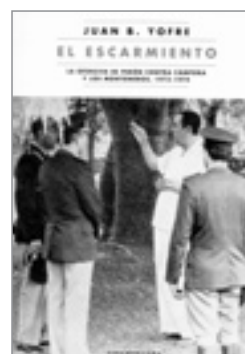
Sin embargo, la mayor riqueza del ensayo se sitúa en las fisuras, por momentos, al esquema revisionista, mostrando los diferenciales de una nueva coyuntura en la que los espectros que rondan no son tanto los del pasado sino los del por-venir. Los distintivos de nuestro tiempo serían “Venus al poder” como una tendencia creciente, concretar la empresa de construir un futuro de integración iberoamericana con equidad y justicia, y pensar el aporte del arte en la construcción del futuro como una decisión de Estado.

Franca Bonifazzi

Juan B. Yofre

El escarmiento La ofensiva de Perón contra Cámpora y los Montoneros, 1973-1974

Buenos Aires, Sudamericana, 2010, 464 páginas



El Escarmiento, último libro de Juan Bautista “Tata” Yofre, completa su serie relacionada con la década de 1970 luego de la publicación de *Nadie Fue* (2006), *Fuimos todos* (2007) y *Volver a matar* (2009). A decir del autor, la dinámica política actual hace necesaria una reflexión de ese tiempo, que él emprenderá con sobriedad y profesionalismo. Luego de haber escrito sobre la etapa de Lanusse, sobre el año previo a la caída de Perón y sobre los tiempos del proceso, Yofre abordará en su reciente obra el retorno de Perón a la Argentina y su regreso al poder. El libro está comprendido por siete capítulos y un anexo que retoman la profundización de la brecha entre Perón y Cámpora y nos situará en el mes de noviembre de 1973, en el ataque a la Guarnición Azul, llegando al capítulo central que le otorga el título a la obra, en el cual aborda la escalada del conflicto y la caída de Obregón Cano, para culminar con el acto del 1º de mayo de 1974, recordando el discurso de Perón y la ruptura con Montoneros.

El libro recorre el último año de vida de quien Yofre describe como el “líder militar y político más influyente de la Argentina”, ahondando en el dilema que enfrentó durante su tercera presidencia: de qué manera terminar con el terrorismo sin apartarse de la ley. El autor retoma la frase pronunciada por Perón en su discurso del 21 de junio de 1973, a 24 horas de haber llegado al país y después de ser testigo (y casi víctima) de los eventos de Ezeiza, según la cual “cuando los pueblos se cansan, hacen tronar el escarmiento”. De allí en adelante, el texto se sustenta en la rigurosidad de la información y la precisión del registro documental, rescatando la contundencia del comportamiento político de Perón y la tensa situación social que atravesaba la Argentina al momento de su retorno.

En este trabajo se recogen las claves políticas de la época, permitiendo ver al General preocupado por pacificar, unir, ordenar y gobernar un país dividido, inmerso en una anarquía terrorista que no dejó de actuar ni siquiera cuando asumió la presidencia constitucional del país después de 18 años de resistencia, lucha, fusilamientos y exilio.

Yofre destaca con claridad el cambio en el discurso de Perón al regreso de su exilio, relacionándolo con esa etapa tan prolongada de vida en Europa, donde pudo observar la Argentina desde lejos. El Perón que

regresa no será el mismo que el que se fue, al igual que el país que lo recibe: un hombre sin resentimientos, un estadista que conocía los errores que había cometido y estaba decidido a no volver a cometerlos, convencido a superar enfrentamientos del pasado, frente a la existencia de una “Argentina furiosa”, con personas que —aunque se proclamasen peronistas— tenían otros proyectos, y organizaciones que no estaban dispuestas a dejar las armas y abandonar la “acción directa”. No obstante, a lo largo del libro se resaltarán la convivencia política resultante de los diálogos con dirigentes de la oposición y principalmente el abrazo con Ricardo Balbín (tratado en detalle por el autor), reflexionando sobre la reconciliación histórica que marcó el fin de los enfrentamientos políticos. Yofre rescatará el “abrazo” como una demostración de respeto, resaltando la importancia del diálogo, la tolerancia y la construcción de consensos en el escenario democrático.

El libro, escrito con lenguaje claro y accesible, cuenta con fotografías del Archivo General de la Nación y tiene un desarrollo documentado y ameno con un planteo periodístico que lo hace comprensible aun a quienes indagaran en esa etapa sin demasiado conocimiento previo. Es un libro necesario para analizar con imparcialidad esos tiempos. Revela a partir de documentación, diálogos y testimonios —muchos de ellos inéditos y algunos propios de la experiencia del autor— a un Perón auténtico, verdadero, sin rodeos, decidido a gobernar “para todos los sectores”.

Es menester mencionar que este trabajo se edita en medio de la eclosión de publicaciones vinculadas con la década del 70, en su mayoría cargadas de ideologismo interesado. Por el contrario, en el libro de Yofre la atención se centra en hechos relatados y documentados en detalle, otorgándole especial protagonismo a la información y a la solidez de las fuentes que lo sustentan. En suma, la obra exhibe con nitidez una realidad que no brinda espacios para las elucidaciones mal fundadas y carece de interpretaciones que puedan influir sobre el análisis que pueda hacer el lector. Para quienes se encuentren interesados en contar con un conocimiento profundo de esa época, este libro es de consulta indispensable.

Gabriela Agosto



Ezequiel Adamovsky

Historia de la clase media argentina Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003

Buenos Aires, Planeta, 2009, 544 páginas

“Perón hizo grandes esfuerzos por movilizar a la ‘clase media’, de modo de no depender sólo del apoyo de los trabajadores. Entre fines de julio y mediados de agosto de [1944] Perón participó en tres grandes actos públicos –llamadas ‘asambleas de la clase media’ por la prensa–, organizados a instancias de la propia [Secretaría de Trabajo y Previsión, STP]. Los actos se llevaron a cabo en dos cines y en el local de una mutual, ubicados estratégicamente en los barrios de Flores, Palermo y Constitución, como para cubrir la mayor parte de la ciudad de Buenos Aires. (...) La asistencia fue multitudinaria, incluso quedó público sin poder acceder. Todos los diarios cubrieron extensamente los actos y los discursos fueron transmitidos por radio. (...) En sus discursos, Perón asignaba a esa clase un lugar central en la vida de la nación. (...) Para desempeñar ese papel la clase media tenía que abandonar su ‘complejo de inferioridad’ y superar su individualismo, organizándose para la defensa de sus intereses colectivos, tal como los

obreros. (...) Sin embargo, desde septiembre de 1944 el interés de Perón por convocar a la ‘clase media’ decayó notablemente. En sus discursos de 1945 se acordó de ella en contadas ocasiones. (...) Luego de febrero de 1946 dejó de ocuparse explícitamente de esa clase tanto en sus discursos como en sus escritos; sólo al pasar y en contadísimas ocasiones durante el resto de su vida volvería a utilizar la expresión ‘clase media’. Más allá del ‘olvido’ posterior, la convocatoria que Perón lanzó en 1944 tuvo una gran importancia en la difusión de la expresión ‘clase media’ y en su percepción como un grupo fundamental de la sociedad argentina. (...) Ironías del destino: aunque Perón pasó a la historia como un líder amargamente enfrentado a la clase media, ningún otro político argentino había hecho tantos esfuerzos para convocarla públicamente. Nunca antes un organismo oficial como la STP se había ocupado de diseñar política dirigidas explícitamente hacia ella”.



Norberto Galasso

Escritos y polémicas

Buenos Aires, Instituto Superior Dr. Arturo Jauretche, 2008, 144 páginas

“Allá por los sesenta, mi generación aprendió que si en los países coloniales la opresión se ejerce a través de la fuerza bélica, en cambio, en los países semicoloniales –cuya independencia es sólo formal– las ideas ocupan el lugar de los fusiles. Así resulta que mientras, en los primeros, la mera presencia de un ejército de ocupación provoca el surgimiento de rebeldías nacionales, en los segundos, a través de los distintos mecanismos de difusión de la cultura, el orden dependiente queda enmascarado, de modo tal que resulta difícil desarrollar una convivencia nacional, de contenido antiimperialista. Ello permite que el sistema sobreviva no obstante que la mayoría de la sociedad resulta víctima de la explotación, y podría liberarse, ya fuese a través de las urnas o de la insurrección. Por supuesto, ello sería posible si tuviese la convicción de que se halla sometida a un poder imperial con el cual ha pactado la minoría oligárquica nativa. (...) En los países semicoloniales, esa opresión externa es

desconocida por amplios sectores de la sociedad, aun cuando son víctimas de la misma. La dominación cultural les hace suponer que el orden instaurado –en lo político, económico, cultural, etcétera– no obedece a una imposición sino que resulta solamente de las costumbres, idiosincrasias, caracteres raciales y religiosos, influencias inmigratorias, etcétera, provenientes de la peculiar historia vivida. Se trataría, desde esa mirada ingenua, de un orden natural –‘tenemos los gobiernos que nos merecemos’– que ha sido dado de esa manera por propia responsabilidad del pueblo, ya sea a consecuencia de su abulia, su irresponsabilidad, su despilfarro, etcétera. De tal manera, el orden semicolonial se legitima cotidianamente a través de las ideas que circulan en los periódicos, los libros, la televisión, la enseñanza en sus distintos niveles, el discurso de los políticos y los grandes intelectuales, etcétera, convertidos en voceros del pensamiento de la clase dominante, capatza del Imperio”.



Olga Hammar

Tozudamente Un camino de militancia

Buenos Aires, *Intermedia*, 2009, 192 páginas

“Siempre, toda mi vida, me dediqué a crear espacios que me permitieran algún tipo de transformación de la realidad. Ahora sigo en esa búsqueda pero sin fanatismos, cada vez más aceptando los límites que la realidad me impone. Hace unos años me comprometí con el bordonismo, ahora con este gobierno, siempre dentro del justicialismo —en su versión más amplia—, al menos así lo entiendo yo. Esta búsqueda me permitió estar en contacto con compañeros que transitaron largos caminos y con los que tengo una misma concepción, tanto en cuanto a la distribución de la riqueza, al trabajo, al pleno empleo, como a los acuerdos intersectoriales. (...) Vista en perspectiva, mi vida muestra coherencia: hay una línea constante que une mi participación en la lucha gremial, con las referidas al género. (...) Para no hacer una larga enumeración de lo que ya hemos logrado desde el Ministerio [de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación], me centraría en lo esencial: haberle dado entidad institucional a un problema que muchos

niegan todavía, pero sin embargo existe, me refiero al de la discriminación de género. En la Argentina se discrimina demasiado aunque parezca lo contrario, se margina a las mujeres, a las minorías y a los sectores que de alguna manera no están integrados aún a la productividad. En el 90 se fortaleció el individualismo, prosperando la falta de solidaridad con los más desvalidos. Esta ideología neoliberal ha impregnado las conciencias no sólo de los sectores medios. Desde el Ministerio, desde la Comisión Tripartita, intentamos colaborar para revertir esta tendencia a fin de que se respeten los derechos de los inmigrantes, de las mujeres trabajadoras, de los trabajadores precarizados, de las trabajadoras del servicio doméstico, etcétera. Queda mucho por hacer, y de mi parte no estoy dispuesta a declinar el esfuerzo. Aunque, a veces, en algunos casos, admito que me gana el escepticismo. Me ocurre, por ejemplo, cuando asisto a la lucha oportunista de algunas mujeres que sólo quieren su ascenso personal”.



Omar Acha y otros

Reflexiones sobre el poder popular

Buenos Aires, *El Colectivo*, 2007, 224 páginas

“En Argentina, la discusión de la izquierda sobre el poder popular tiene un capítulo inevitable. Es totalmente superficial mentar lo popular sin hacer un balance de la experiencia peronista. Aquí sólo podré ofrecer una indicación sumaria al respecto, pero sin ella mi argumentación sería incompleta (...). ¿Estamos hoy, en los diversos planos de la experiencia política y social, en el mismo entramado real que el prevaleciente en el siglo XX? En otros términos: ¿la historia de lo popular seguida a través del drama del ‘pueblo peronista’ perdura como matriz de inteligibilidad del pueblo? De ninguna manera: el peronismo ya no es el norte cultural de una (posible) alianza popular en Argentina. Las proyecciones históricas de nuestro pasado, por lo tanto, necesitan ser elaboradas y superadas en nuevas fórmulas, en otros recipientes. No tanto para negar el pasado sino para abrir el espacio simbólico de nuevas y operativas identificaciones. La discusión sobre el peronismo, es decir, sobre lo que

hizo pueblo en la Argentina del siglo XX, es quizás el tema decisivo de ese relato histórico que nos debemos. Pero no creamos que la historia nos proveerá de lecciones irrefutables sobre qué hacer en estos años y décadas de nuestra militancia por venir. Hagamos de una vez el duelo del socialismo y el populismo tal como existieron en el siglo XX. Simbolicemos sus fracasos para recuperar sus promesas plebeyas. Lo importante para la política no es la defensa de una identidad (eso es el dogmatismo), sino la práctica de la revolución popular y desde abajo. El olvido es saludable cuando integra lo olvidado en una actitud constructiva, plena de amor por la vida. Pasemos de nuestras identificaciones imaginarias y cristalizadas a una conversación política que las movilice y negocie, y arriesguemos una subjetividad nueva. Quizás así podamos retomar críticamente la lucha de nuestros antepasados y redimir el recuerdo de sus entusiasmos derrotados en una acción que sea *nuestra*”.



Juan Besse y Alejandro Kawabata, compiladores

Grafías del 55

Otros repartos entre recuerdo y olvido

Remedios de Escalada, UNLa, 2007, 310 páginas

“El final cruento del gobierno peronista, sumado a los intentos de desmantelamiento de su obra, tuvieron sin duda efectos que rebasaron –en su acepción más convencional– el campo político y fueron motivo de verdaderas intervenciones directas e indirectas en el campo intelectual. En más de un sentido, no sería exagerado decir que el 55 refunda el campo intelectual en la Argentina. A cincuenta años del golpe, y a pesar de que las hebras del pasado están siendo tejidas de otra manera, los discursos sobre el 55 parecen marcados por una cierta ralentización interpretativa propia de la cosa juzgada, o peor, sobrentendida. Los problemas que pone sobre el tapete, no sólo el análisis de la coyuntura del 55 sino su larga duración muestran –por la vía del desvío– las dificultades que supone pensar el 76 y sus secuelas. Los hilos que tejen ambos golpes traman proyectos económicos, intereses de clase, causas comunes, nombres propios, y un ejercicio de la violencia estatal

extra-legal desconocido en otros golpes de Estado. La impunidad de los golpistas del 55 fue uno de los ‘huevos de la serpiente’ del 76. Esa conexión germinal entre los dos golpes de Estado más mortíferos de la historia argentina del siglo XX, si bien parece moneda corriente en los relatos de amplios segmentos de la militancia política y social, no lo es tanto en la producción del campo académico. Por eso, estas grafías del y no sobre el 55 insisten con el malestar que se agita a la hora de reconstruir los acontecimientos, analizar la coyuntura y rastrear los anclajes de 1955. Grafías con sesgos, hechuras y extensiones muy diversas. (...) Grafías que nos proponen diversos modos de estar ante el ayer y ante el presente. A cincuenta años de aquel golpe de Estado, nos preguntamos de cuántas y distintas maneras el 55 está en nosotros. Los trabajos que integran el libro proponen distintos modos de regresar a un lugar, lugar de memoria, que no cesa de no escribirse”.



Ana Jaramillo

Vida y pasión de las dos orillas

Remedios de Escalada, UNLa, 2009, 216 páginas

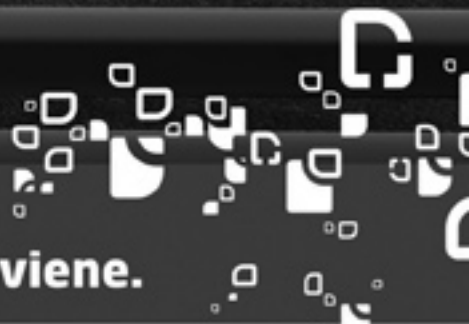
“Para José Ingenieros, los países son expresiones geográficas, mientras que los Estados son sus formas políticas. Pero la Patria es ‘mucho más y es otra cosa: sincronismo de espíritus y de corazones, temple uniforme para el esfuerzo y homogénea disposición para el sacrificio’, y para el filósofo no va a haber Nación si un país no es una patria. Pero la Patria del porvenir significará ‘armonizar las aspiraciones de los que piensan bajo un mismo cielo’. El terruño es la patria del corazón, es un imperativo natural que se limita al horizonte geográfico y anterior a cualquier concepto político. La Nación en cambio es la patria de la vida civil que supone ‘una comunidad de origen, parentesco racial, ensamblamiento histórico, semejanza de costumbres y de creencias, unidad de idioma y sujeción a un mismo gobierno’. La investigación que hicimos a través de nuestros poetas del tango, hace que reafirmemos que Montevideo y Buenos Aires son una

misma patria y una misma Nación con dos gobiernos, y que la ‘tangüidad’ expresa esa Patria que llevamos en el corazón los orientales y los argentinos en una misma geografía, con las mismas costumbres y creencias, las mismas pasiones y el mismo amor al terruño cultivado bajo el mismo cielo, esa Patria que al decir de Marechal muchas veces ‘nos duele en el costado’. Por eso, el tango, que para muchos estudiosos está en decadencia, sigue siendo nuestra marca de identidad, ya que con él nos seguimos identificando en las dos orillas del Plata. El 19 de diciembre de 1973, en Montevideo, durante la firma del Tratado del Río de la Plata, el presidente argentino Juan D. Perón decía: ‘un mismo cielo cubre nuestras dos orillas, su azul se refleja en nuestro paisaje, en nuestras aguas y en nuestras banderas. Aceptemos ese simbólico abrazo de la naturaleza como un signo de fraternidad que nos convoca a la paz, al trabajo común, a la prosperidad y a la felicidad de nuestros pueblos”.

NO VIVAS PENDIENTE DE TU AUTO.



Provincia Seguros.
El mejor seguro también es el que más te conviene.



Buenos Aires
LA PROVINCIA

LLAMÁ AL 0810-222-2444
Consultá con tu asesor de seguros o en nuestras sucursales.
www.provinciaseguros.com.ar

Provincia Seguros



Con el respaldo de toda una Provincia.



SUMARIO

EDITORIAL

Universidad y Proyecto Nacional, *por Antonio Cafiero*

DEBATES

La comunicación política en un contexto de fragmentación, *por Enrique Del Percio*

Sindicalismo, prensa y comunicación, *por Carlos Caramello*

La gestión local y la construcción de la equidad, *por Kelly Olmos*

Políticas peronistas de población y migraciones, *por Lelio Mármore*

El río y la gente piden una provincia nueva, *por Daniel E. Herrendorf*

La Patria Grande debe zanjar el enfrentamiento entre Venezuela y Colombia, *por Julio Fernández Baraibar*

INFORME

Partidos políticos y elecciones en Venezuela y Colombia, *por Erika Amoedo G.*

RESEÑAS

Karina Ramacciotti: “La política sanitaria del peronismo”, *por Mariano Fontela*

Jorge Coscia: “La Esperanza sitiada”, *por Franca Bonifazzi*

Juan B. Yofre: “El escarmiento”, *por Gabriela Agosto*

REVISTA DE LIBROS